

ROMANCE, ERÓTICA Y ACCIÓN
CON EL BOMBERO



QUEMADA

CARMEN GRACIA



QUEMADA

Romance, Erótica y Acción con el
Bombero

Por Carmen Gracia

© Carmen Gracia 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Carmen Gracia.

Primera Edición.

Dedicado a;

Francisco, por apoyarme siempre.

Iris, por confiar en mí y estar siempre ahí.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín

informativo y conseguir libros gratis

Prólogo

Quizá el sistema eléctrico de la zona había fallado o el aire acondicionado se dañó por fin (recordó que tenía días planeando para llevarlo al servicio técnico), lo cierto es que esta noche hacía más calor que de costumbre. Pero, más allá de eso algo más se asomaba en el ambiente.

¿Acaso es humo lo que huelo?

Verónica terminó de despertar cuando su cerebro lanzó una alarma de emergencia. No estaba del todo lucida y además la falta de aire la tenía un poco mareada.

El corazón le latía sin parar y estaba segura de que su tensión arterial danzaba por las nubes. Su cama se había convertido en un horno o una paila del infierno, las cosas pintaban muy mal y la desesperación no la dejaba pensar claramente. Tenía que hacer algo enseguida.

Cuando abrió los ojos por completo se vio rodeada de humo.

Trató de salir, pero, una explosión de llamas entró cuando abrió la puerta de su habitación, Ella dio dos pasos hacia atrás y cayó sentada en el piso ahora más desorientada que antes.

Se tocó la cara, creía que se la había

quemado, pero, gracias al cielo, solo fue el calor lo que la alcanzó y no las llamas directamente. Ella nunca había sentido este tipo de miedo, hoy quizá podría morir.

Realmente estaba muy cerca de eso y el solo pensarlo hizo que Verónica se quedara paralizada del miedo.

En su mente buscaba la manera de salir de este problema, pero, las soluciones no eran las correctas.

Debía clamarse primero para poder pensar claramente, pero, justo ahí estaba el problema. No podía clamarse sabiendo que no tenía tiempo para ello.

Escuchaba las llamas abriéndose camino entre la casa.

El fuego parecía susurrar algo macabro, algo que la llamaba a ella, era como si estuviera arrinconándola, como un torero a su bestia, la iba desangrando poco a poco hasta dar el golpe final, ese que acaba con las luces y las sombras, ese que deja los sabores y las visiones. La muerte estaba detrás de su puerta y no lo podría evitar.

Quizá es mejor quedarse quieta.

No puedes luchar contra algo tan grande.

Morirás, de eso debes estar segura.

Verónica se acurrucó mientras se alejaba de las paredes, con su espalda empujó la cama y quedó casi en el medio de la habitación. Sola y con las lágrimas bordeándole la cara.

Por su mente pasaba una película de su vida, recordaba muchos momentos que vivió y otros que deseaba vivir, estaba en una encrucijada de sentimientos. Pensó en todas las metas que tenía por delante y además estaba muy joven para morir y mucho menos de esa manera.

Metió la cabeza entre sus rodillas y se tapó la cabeza con las manos. Era la única forma que tenía de protegerse en aquel instante, aunque por un momento

pensó que se había rendido y estaba esperando o peor en cualquier momento.

Más allá del ruido propio del incendio se empezaron a escuchar unas voces y quizá algo similar a unas sirenas.

¿Sirenas? ¿Bomberos?

Una leve esperanza surcó la mente de Verónica y ella levantó la cabeza, pero, justo cuando lo hizo todo comenzó a darle vueltas y pensó que si no era las llamas lo que la mataban, sería toda la cantidad de humo que estaba ingiriendo en ese momento.

Pero, a pesar de todo el mareo y lo confundida que estaba, podría jurar que

escuchaba voces y cada vez más cerca.

Sí, definitivamente eran voces. Estaba mareada, pero no loca. Alguien gritaba algo... Eran como instrucciones... No. Estaban llamando. Sí, eso era.

La puerta se abrió de un golpe y la luz de la habitación se tornó naranja y rojiza, eran las llamas que entraba a devorarla. Pero, había algo más.

Una figura grande apareció con un casco y un traje amarillo que se podría ver a kilómetros de distancia.

Ella no estaba segura si era verdad lo que estaba viendo, quizá ya el humo surtía un efecto alucinógeno en ella.

Ana mano fuerte la asió por un brazo y la levantó sin ningún tipo de problemas. Verónica era una mujer delgada y de baja estatura, por lo cual se hizo tan fácil manejarla en aquel momento.

Aún no estaba segura si lo que estaba viviendo era realidad o un sueño, lo cierto es que la mujer se aferró de la espalda de ese hombre lo más fuerte que pudo y luego todo se puso negro. Verónica se había desmayado.

1

En la estación de bomberos todos estaban en su hora de descanso después de la cena y justo en ese momento sonó la sirena. Alguien necesitaba ayuda.

Todos salieron corriendo haciendo uso de lo aprendido en los simulacros que habían realizado algunos meses antes (la verdad es que en ese pueblo pequeño no hay mucha actividad para los que ejercen este tipo de trabajo), solo que esta vez todo era completamente real.

De hecho, para el momento en que se

montaron en el camión había roto su propia marca de tiempo. Claro que en ese instante ninguno se dio cuenta, pues la adrenalina y los nervios solo los conducían a buscar la acción, esa acción que hizo cada uno de ellos se alistara al servicio de rescatistas.

El camión se abría paso entre el resto de los coches y su sirena hacía que los conductores en las vías se hicieran a un lado para dejar pasar a los valientes muchachos que guindaban de los extremos del camión.

Todo parecía de película, y todos se creían estar en una.

Al final de la calle se divisaba una casa

en llamas, grupos de personas, compuestos en su mayoría por vecinos, se aglomeraban alrededor de la vivienda. Los bomberos llegaron haciendo un cerco humano y tratando de alejar a las personas.

Al parecer la gente no entiende que la zona de un incendio es un sitio muy peligroso, las tuberías de gas podrían explotar y causar daños más graves a aun, y eso por dar un ejemplo tan solo.

El incendio estaba bastante avanzado, quizá debería hacer un plan antes de entrar a la casa, pero, no había tiempo, tendrían que poner en práctica todo lo aprendido y demostrar sus cualidades

rescatistas.

En busca de apagar las llamas, tres de los bomberos buscaron la manguera y apuntaron a la base del fuego, el chorro de agua era enorme y al parecer podrían acabar con eso pronto, pero Antonio el jefe del escuadrón, se dio cuenta de que en el segundo piso de la casa las cosas estaban más candentes aún.

— Una chica vive sola ahí dentro. —
Gritó una mujer desesperada y con las lágrimas a punto de brotar de sus ojos.

Lo más sensato era entrar por una de las ventanas del segundo piso, el problema era por cual. No sabía en qué habitación se encontraba la chica. De hecho, no

estaba seguro si se encontraba en el segundo piso al menos.

La decisión tenía que tomarse de inmediato.

— ¿Cuál es la habitación principal? — Preguntó Arturo a la mujer.

— ¡Esa! — dijo ella mientras señalaba la ventana más grande la casa.

Arturo visualizó la entrada principal, pero se dio cuenta que sería imposible ingresar por ahí, ya el fuego había causado mucho daño y sería peligroso pasar por esa pared de llamas ardientes y enormes.

Comenzó a correr y todos lo miraron.
Era como un súper héroe.

A pesar de cualquier tipo de entrenamiento los nervios siempre atacaban en esa situación, pero la adrenalina estaba en su flujo sanguíneo y podía más que cualquier otra cosa. Él estaba preparado para eso y además era su vocación, desde muy pequeño había soñado con estar en el cuerpo de bomberos.

Ayudar era el pasatiempo favorito de Arturo.

La casa estaba ardiendo más de lo que se veía desde afuera. Trepó por un árbol cercano y de ahí salto con un poco de

dificultad hacía el techo de la casa. Pudo sostenerse de una viga que sobresalía y entró por una de las ventanas.

No era la de la habitación de la chica, pero, al menos ya estaba dentro del recinto y en el segundo piso.

Pudo divisar una biblioteca con muchos libros los cuales quedarían reducidos a cenizas en pocos minutos. No podía ver nada y en humo era muy denso.

Consiguió como pudo la puerta y salió hacía un pequeño pasillo.

Las cosas estaban bastante difíciles ahí, iba a ciegas, tanteando las paredes en busca de puertas.

¡Dios, guíame!

Arturo comenzó a gritar para ver si alguien respondía, pero el ruido dentro de la casa era intenso.

— ¿Hay alguien aquí?

Tocó con su mano enguantada lo que parecía ser una cerradura. La empuñó y abrió sin ningún problema.

En el piso estaba una chica acurrucada y con la cabeza entre las piernas. Sin pensarlo mucho Arturo la levantó y se la echó al hombro. Era una mujer menuda y no fue difícil manejarla. Estaba muy confundida y no se opuso en ningún momento.

La idea era salir lo más rápido de ese infierno, pero, la tarea no sería fácil. Arturo decidió bajar a la chica un momento a ver si ella podría caminar, pero, fue en vano. Se había desmayado. Él le colocó la máscara de oxígeno y la levantó de nuevo sobre sus hombros y así evitaría perder más tiempo dentro de la casa.

Trató de visualizar el camino hacia las escaleras. Pudo verlas a pocos pasos y comenzó a descender por ellas cuando de pronto el pasamano de madera donde se estaba apoyando se desmoronó completamente.

Arturo mantuvo el equilibrio por dos o

tres segundos hasta que se dejó caer de una altura cercana a los dos metros.

Antes de caer pasó a Verónica a sus brazos y cayó de espaldas cubriendo a la chica del impacto con el suelo. Arturo era un tipo fornido y pudo aguantar el golpe, pero, si ella hubiese caído seguramente no lo contaría nunca.

Como si nada hubiese pasado el bombero se levantó, chequeó que la chica estuviera bien y salió corriendo guiado por las voces de sus compañeros que lo llamaban desesperadamente desde la entrada principal de la vivienda, ellos ya habían abierto esa zona. A pesar del fuerte golpe Arturo

salió bien, la adrenalina había tenido un papel importante en todo aquello.

— ¿Arturo, estás bien? — Preguntó uno de sus compañeros.

Él estaba tratando de tomar un poco de aire, había aspirado mucho humo dentro de la casa y además estaba un poco cansado con el ajetreo que le implicó todo el rescate de la chica. Hizo una seña con su dedo pulgar y entonces todos se tranquilizaron un poco.

— ¿Cómo está ella? — Preguntó preocupado.

— La están atendiendo en la ambulancia. Apenas los paramédicos la

agarraron despertó. Al parecer está bien, no tiene quemaduras. Solo está un poco asustada y respira con un poco de dificultad. Normal en estos casos, sabes que pasará pronto.

Arturo se levantó y fue hasta a ambulancia mientras le daba una palmada en la espalda su compañero.

— Sigán sofocando las llamas. Debemos evitar que el incendio se extienda a las otras casas.

No se acercó sino lo suficiente para poder verla. Una enfermera le tenía una linterna apuntada a sus ojos y otra le estaba suministrando un suero endovenoso, la chica parecía tranquila,

aunque seguía, al parecer, un poco confundida.

Tenía la cara y el resto del cuerpo lleno de hollín y su cabello estaba completamente alborotado, pero, a pesar de eso se notaba que era una mujer muy bella.

La enfermera volteó y vio a Arturo después de ponerle la máscara de oxígeno a Verónica.

— Ella estará bien. Eres un héroe, Arturo.

Él miró a la enfermera y sonrió.

— Solo hago mi trabajo, Ana.

La otra enfermera le colocó una manta gruesa y pesada alrededor y cuando se dio cuenta que Arturo se acercaba, los dejó solos.

— ¡Hola! ¿Cómo te sientes?

Verónica se sorprendió y dio un pequeño salto.

— Disculpa, no quise asustarte. —
Prosiguió Arturo.

Ella, ya con mejor semblante, se retiró la mascarilla.

— Estoy bien. Solo un poco ahogada.

Arturo le volvió a colocar con

delicadeza la mascarilla en el rostro.

— Pues, para eso es el oxígeno. Te ayudará con tu respiración.

Ella bajó la mirada y unas lágrimas brotaron de sus ojos espontáneamente. Él sabía lo que estaba pensando. Frente a ellos el paisaje no era para nada bonito ni esperanzador.

En el lugar donde había estado su casa solo quedaban escombros y cenizas, a su alrededor algunos bomberos seguían con las mangueras en las manos sofocando las pocas llamas que aún se resistían a apagarse y otros tomaban notas en sus pequeñas libretas.

Unos minutos más tarde un chico llegó con un par de cafés y les ofreció. Arturo después de dar las gracias los tomó y le acercó uno a Verónica. Ella miró el vaso y luego al bombero, por primera vez lo veía a los ojos.

Agarró el café y lo puso a un lado del lugar donde estaba sentada. Se quitó la mascarilla y tomó una gran bocanada de aire, secó sus lágrimas y comenzó a tomar el café con sorbos pequeños.

— ¿Fuiste tú?

Arturo volteó y la miró.

— ¿Perdón?

— ¿Fuiste tú quien me sacó de la casa?

El tono de Verónica nos parecía para nada el de una mujer agradecida, más bien notó un poco de rencor.

— Sí. Fui yo quien te sacó de ahí.

Ella lo miró de nuevo, pero, esta vez sus expresiones fueron más delicadas. Sonrió levemente.

— Gracias.

— Solo hago mi trabajo, para eso estamos.

Ella comenzó hablar ya resignada a la situación. Por un momento había

pensado que era mejor que la hubiese dejado ahí. Ahora estaba con vida, pero sin nada. Pero, luego cambió de opinión, debería ser más agradecida.

— Las cosas venían bien. La semana pasada había terminado de pagar la casa y estaba muy contenta por eso. En el trabajo me ascendieron de puesto y eso también me tenía feliz, pero de pronto pasa esto. La vida realmente es injusta.

— Quizá no sea tan injusta como crees. Lo material se recupera, la vida no. Estás aquí viva, joven y con la esperanza de volver a comenzar.

— Estoy viva gracias a ti. Yo ya había perdido cualquier esperanza de salir de

esa casa. Las llamas estaban por todos lados y... — El llanto calló las palabras de Verónica.

Arturo sin pensarlo la abrazó y después de hacerlo se dio cuenta que ya no estaba en su papel de bombero.

Estaba siendo el hombre de siempre, ese que quiere ayudar y no soporta ver a una persona sufriendo, era precisamente ese comportamiento lo que lo había llevado a tener la profesión que hoy ejercía.

Ella se sintió bien en los brazos de aquel hombre que la había salvado de la muerte, que la había sacado de un infierno real y que además estaba con ella ahí, apoyándola y dándole ánimos.

Definitivamente personas así no se encuentran a la vuelta de la esquina.

— Necesitas estar tranquila. Por los momentos lo único que puedes hacer es descansar. ¿Tienes a dónde ir? ¿La casa de una amiga o algo? Si no tienes como comunicarte con ella nosotros te podemos llevar sin ningún problema.

— ¿Una amiga? Tengo dos años viviendo aquí y lo único que he hecho en ese tiempo es trabajar y trabajar. No he tenido tiempo ni de conocer al vecino que tenía al lado.

Arturo no supo que hacer, lo más que podía era ofrecerle una cama en el departamento de bomberos. Allá podría

pasar la noche y ya mañana ver que harían.

En ese momento una de las enfermeras llegó con una doctora a la que parecía que acababan de sacar de su cama. Esta pidió a Arturo salir de la ambulancia para que pudiera revisar a la paciente con calma. Así él lo hizo, pero, se quedó afuera esperando. Por alguna razón quería saber cómo se encontraba la chica.

¿Cómo se llamará?

Mientras la doctora hacía su trabajo dentro de la ambulancia, afuera las cosas estaban más clamadas.

Poco a poco los vecinos volvían a sus casas y los grupos de curiosos eran cada vez más pequeños.

En el lugar donde había estado la casa de Verónica ahora solo había escombros y pequeñas nubes de humo, el panorama lucía desolador y algo aterrador sobre todo cuando pensabas en todo lo que ahí se había perdido, y no solo las cosas materiales, sino todos aquellos sueños que se había forjado con la compra de esa vivienda, los momentos vividos dentro de ella, todas esas cosas estaban reducidas a cenizas.

Nada más que eso.

Claro, todo final conlleva a una nueva

historia que comienza. En la vida todo tienes una razón y en este caso Verónica estaba siendo la víctima de toda esa conspiración universal en la que muchos creen, o quizá era el destino. Lo cierto es que es momento para que esa mujer se levante, se sacuda el polvo y siga adelante. No será fácil, pero, si lo mejor.

La puerta trasera de la ambulancia se abrió y Arturo volteó inmediatamente. Miró a la chica salir por su propia voluntad y caminó hacia ella.

— ¿Cómo te sientes?

En ese momento Verónica había tomado un nuevo aire y se notaba en ella una

belleza única que hizo que Arturo no quisiera dejar de mirarla.

— La verdad me siento bastante bien. La doctora me dijo que no tengo nada grave y que necesito descansar. Me dio unas recetas para tomar algunas medicinas y mejor a nivel pulmonar. El problema está en que...

La voz de la chica se apagó por completo y bajó la cabeza. El problema era lógico, para ese momento no tenía donde descansar ni con que buscar las medicinas. Ella estaba en la calle y sin nada en cima más que la ropa que tenía puesta. Solo y eso uy nada más.

— Te entiendo.

No, imbécil. Realmente no lo entiendes.

Arturo puso su mano en la quijada de Verónica con suavidad y le levantó el rostro.

— Estarás bien. Te lo prometo.

Los ojos del hombre inspiraban toda la confianza que existiera en el mundo, ella lo observó y clavó su mirada en él.

El gesto de Arturo más que algo de buena fe por parte de él, fue algo que tocó directamente la fibra de Verónica. Esas manos fuertes podían transmitir cariño y ternura, sus ojos eran más fáciles de leer que un libro y eso la cautivó. No había notado además lo

guapo que era él.

Verónica sonrió, pero, no fue una sonrisa común. Se había sonrojado justo en el momento que escuchó las palabras de Arturo y él lo notó de inmediato. Solo que lo tomo como algo del momento, nada más allá de eso.

Esa sonrisa de ella era lo más hermoso que había visto desde hace mucho tiempo. Supo en ese instante que quería ver más de esa sonrisa, de ese rostro y de esa alma que estaba atrapada entre la tristeza y la desesperación.

Por la mente de Arturo pasó una idea, pero, realmente no estaba seguro que fuese una buena o al menos no sabría

cómo expresarla sin que las cosas se escucharan mal.

— Ya terminó mi guardia. ¿Qué te parece si vamos a comer algo?

— Pensé que debía quedarme por aquí para hacer algunas declaraciones o ser parte de las investigaciones... No sé la manera en que funcionan estas cosas.

— Ya habrá tiempo para eso mañana. Hoy todo es una locura. Por los momentos deberías despejar un poco la mente. Vamos, yo invito.

Verónica lo pensó por un momento. No sabía porque ese hombre la estaba invitando a comer, era algo extraño que

un bombero se tomara tan personal algo que quizá veía a diario, o es que, ¿acaso es normal llevar a cenar a una chica que se queda sola y sin absolutamente nada en la vida? Ella no lo conocía, y además, sí, estaba muy agradecida con él por salvarle la vida poniendo en riesgo la de él mismo, pero seguía siendo un desconocido.

Pero, por otro lado, pensó que no tenía a donde ir, no conocía a nadie más que sus compañeros de trabajo y estos no le brindarían ayuda. La verdad no tenía muchas opciones. ¿Y para qué negarlo? Si quería ir con él a cenar.

Ella asintió con la cabeza y él sonrió.

— Espera un momento aquí. Dejaré el uniforme en uno de los camiones y vuelvo por ti.

Verónica se cruzó de brazos y no hizo ningún gesto. Solo se quedó ahí parada mirando a Arturo. Él dio media vuelta y fue a hacer lo que dijo que haría.

¿Pero, en qué carajo piensas, mujer?

¿Acaso te has dado cuenta de cómo estás vestida?

Me imagino que quieres llegar a un sitio y dar la impresión de que acabas de quedarte sin hogar.

Pues, con esos harapos y todo el

cuerpo sucio harás un muy buen trabajo.

Era cierto. No había pensado en ese detalle, pero, ahora las cosas estarían peor, no sabría cómo explicarle eso al chico y no solo eso: ¿De dónde sacaría algo de ropa?

De pronto una motocicleta se acercó a mediana velocidad, en ella venía el bombero. Ahora solo tenía una camisa blanca un poco sucia y un pantalón de jean. La verdad lucía completamente distinto y más guapo aún. Sus fornidos brazos estiraban las telas de las mangas de la camisa. Fue un detalle que Verónica no pudo pasar por alto.

— ¡Vamos! Un compañero me prestó su motocicleta.

— Pero, es que la verdad yo...

Ella bajó la mirada y señaló su ropa.

— Me acabas de decir que no conoces a nadie y que las únicas personas a las que podrías recurrir no harían nada por ti. Entonces creo que no tienes muchas opciones. Estoy claro de tu situación. Ahora solo debes confiar en mí.

Era la verdad más grande que había escuchado. No había opciones.

Verónica se subió a la motocicleta y, después de ponerse el casco que le

acercó Arturo, arrancaron. Ella no sabía que rumbo tomaría esa noche.

2

El día de verónica había sido de los peores desde que había aceptado ese trabajo lejos de casa, en ese pueblo que aún no terminaba de gustarle. En un principio las cosas pintaban muy bien, pero, poco a poco todas las situaciones cambiaron hasta hacerse insoportable trabajar en ese lugar.

Lo único que la mantenía con ganas de seguir era el buen pago que tenía, de eso no se podía quejar. En ningún otro sitio ganaría tanto haciendo el mismo trabajo que hacía en ese lugar. De eso estaba

segura.

Su sueldo le había permitido pagar su casa y eso la tenía bastante feliz. Si, ciertamente odiaba el pueblo donde estaba, pero, esa vivienda era algo propio, algo que ella se había sudado y que por fin podría decir: esto es mío. No importaba donde estuviera.

Quizá esa ilusión era lo que la mantenía con ganas de seguir adelante haciendo lo que hacía y soportando cada día las situaciones y regaños que inmerecidamente recibía. En ocasiones solo escuchaba y no le daba ninguna importancia.

Ese día en particular llegó un poco más

temprano, el transporte público (que era un desastre total) se portó de buena manera esa tarde, sin retrasos ni atascos en la vía. Todo fluyó de maravilla.

Así que estando en casa con más tiempo, se dedicó a relajarse un poco y un baño con agua caliente sería lo mejor para eso. Necesitaba tiempo para ella y para poder reencontrarse con su paz interior, esa que tanto necesitaba.

Bajó y encendió el calentador de agua mientras preparaba algunas sales y esencias para añadir a la bañera y hacer más placentero el momento.

Encendió la radio y localizó su emisora favorita, a esa hora colocaban una

música clásica bien relajante que le vendría de maravilla para la situación. Conforme con que todo estaba en orden siguió con su plan.

Se desvistió y caminó desnuda por un pequeño pasillo de espejos que tenía antes de llegar al baño. Se detuvo por un momento y miró su reflejo en ellos.

Se sentía tan bien con ella misma a pesar de todos sus defectos, está en armonía con su cuerpo y con su mente, si las cosas a nivel laboral estuvieran mejor, todo sería perfecto. Pero, lamentablemente nada es así. La perfección solo existe en la ficción de nuestras mentes.

La mujer que se miraba en ese espejo era la que siempre quiso ser. Estaba en su mejor momento y sabía que las cosas iban enrumbadas por buen camino.

Lamentablemente los designios de la vida a veces juegan las cartas equivocadas.

Ese reflejo era todo para ella, desde muy pequeña había luchado por sus sueños y hoy los estaba logrando.

Terminó de cruzar el pasillo y abrió las llaves para que el agua fría y caliente se fuese mezclando y alcanzar el punto exacto que ella quería. El vapor llenó de humedad todo el baño y ella comenzó a sudar un poco. Eso le encantaba.

Fue probando el agua con la punta del pie y cuando sintió que podía meterse en ella, cerró las llaves y se sumergió poco a poco. Verónica sentía el calor del agua recorriendo su cuerpo mientras entraba, era una buena sensación. Tenía los ojos cerrados y disfrutaba del momento.

La temperatura era perfecta y el olor de las sales y esencias era espectacular. Se sumergió completamente después de tomar una bocanada d aire y se mantuvo dentro del agua todo lo que pudo. Se levantó y abrió sus brazos tomando la forma de la bañera. Ahí estaba sentada disfrutando de los placeres de la vida.

Con una esponja recorría su cuerpo, un

templo para ella, pues lo cuidaba cada día con dedicación. Todas las mañanas iba al gimnasio y además llevaba una dieta muy estricta, las cremas para la piel siempre estaban presente en su tocador y mantenía también su figura con algunos masajes mensuales.

Verónica era una mujer pequeña y delgada, pero contaba con un muy buen trasero y unos senos más grandes de lo que una mujer de su contextura solía tener. Era realmente una chica que llamaba la atención desde el primer momento en que la veía. Su cabellera rojiza hacía un contraste hermoso con su piel blanca y tersa.

Si ella pudiera resumir su vida en un instante sería ese.

Tocarse, mirarse, acariciarse... Todo eso la hacía sentir más mujer y era por eso que tanto se cuidaba.

Estar en esa bañera disfrutando en plenitud de su cuerpo era para ella una velada perfecta. No necesitaba a nadie más, todo lo que quería estaba en ese cuarto de baño en ese momento Estaba sola con su mente, con su entorno y con lo que la hacía sentir bien.

La esponja seguía recorriendo cada centímetro de su cuerpo con la suavidad que la caracteriza, llegaba justo a los lugares que Verónica quería, pues era

ella quien la guiaba.

Estaba completamente relajada, sintiendo el roce de las fibras y escuchando la clásica música que salía de su radio reproductor. Los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, sumergida en sales y espuma, encontrándose sensual y libre. Eso, era precisamente lo que quería.

Soltó la esponja y esta flotó en el agua que había entre sus piernas, fue moviéndose poco a poco hasta que tocó uno de los bordes de la bañera. Ahí se quedó, olvidada y solitaria.

Ahora sería mucho mejor sentir el contacto directo con la piel y dejarse

llevar por toda la sensualidad que la envolvía. Era la oportunidad de revivir algunos momentos que tanto añoraba. Era el momento para ella.

Las manos de Verónica salieron del agua y empaparon su cuello cuando se lo tocó, las palmas y los dedos comenzaron un recorrido en línea recta hacia abajo, pasando por el medio de sus grandes senos y luego alejándose de manera simétrica hacia cada uno de ellos. Eran firmes y suaves como la seda, estaban dentro del agua solo hasta la mitad, la espuma recorría las partes que estaban expuestas y ella seguía tocándose.

Los pezones comenzaron a sentir los

impulsos de la mente de esa mujer que en ese instante se estaba explorando como no lo hacía desde mucho tiempo atrás. Estaban duros y al tocarlos una pequeña cosquilla estremecedora y placentera recorrió su cuerpo.

Se mordió los labios con delicadeza.

Mientras una mano se quedaba dominada por el deseo por esos senos la otra continuó el camino que había comenzado. Los dedos rozaron el abdomen de la mujer en círculos viciosos que no podían parar.

Piel suave y fuerte fruto del trabajo constante en el gimnasio y a una alimentación balanceada, pequeños

músculos que se asomaban tímidamente, era una buena sensación.

Pero, el cuerpo de Verónica no quería más escalas y la mano siguió su rumbo por un viejo camino conocido y que estaba ansioso por recorrer. La yema de los dedos se encontró con una pequeña zona abultada y divina, era casi una colina. Pero, no se detuvieron ahí, el punto exacto estaba a tan solo unos pocos centímetros.

¡Bienvenido a casa, viejo amigo!

Su clítoris se hinchó casi al momento del primer contacto. La sensación fue tan intensa que Verónica dio un respingo y volvió a morderse los labios. Ahora no

había vuelta atrás. Tenía que seguir adelante y llegar hasta el final.

Tocaba ese punto con delicadeza y sin apuros. Hoy tenía todo el tiempo del mundo y ella estaba dispuesta a disfrutar cada segundo, no importaba nada más.

Sus dedos se deslizaban dentro de su vagina y el ambiente comenzó a tornarse caliente, pasional, adictivo y muy sexy... Tan sexy como estar dentro del agua en una bañera, tan sexy como sentir la piel de tu cuerpo, tan sexy como las sensaciones de placer y lujuria.

La mente de Verónica estaba en blanco, solo estaba concentrada en lo que estaba pasando, ella sabía que era un momento

único en mucho tiempo y que quizá no se repetiría de nuevo hasta quine sabe cuándo.

Entonces era hora de dejarse llevar por la imaginación y los deseos.

Mientras se masturbaba se iba deslizando todo su cuerpo dentro del agua y se detuvo cuando su cuello se acomodó en el borde de la bañera, ahora estaba hasta el cuello y no paraba en su trabajo.

Su rostro podía ser grabado para una película de adultos, ella expresaba a través de él todo lo que estaba sintiendo sin ningún tipo de tabú. Una pequeña queja salió, pero fue tan suave que solo

ella podría haberlo escuchado y realmente no lo hizo. Fue algo espontáneo.

Seguía mordiéndose el labio inferior y lo hacía con más fuerza y frecuencia mientras el placer iba incrementándose dentro del momento. Su pelvis estaba completamente relajada y sus piernas totalmente abiertas hasta donde lo permitía la bañera. Cambió dos dedos por tres y continuó con su faena.

Ahora todo se sentía más apretado ahí dentro y la textura de las paredes de la vagina se palpaba de una manera más tosca, por instantes perdía la armonía de sus movimientos, pero eso hacía que

todo fue más inaudito, más real.

Su otra mano no dejaba de escrutar sus grandes senos y pasaba de uno a otro con una frecuencia casi marcada por un reloj, tocaba sus pezones y los apretaba cuando sentía alguna sensación fuera de lo normal, cuando sentía algo completamente placentero, algo delicioso.

Ella sabía justo dónde tocar para llegar a su punto máximo, pero, por los momentos estaba bien, estaba disfrutando de las cosas.

Sus dedos comenzaron a entrar y salir con mayor rapidez lo que hizo que ella se retorciera un poco dentro del agua y

comenzara a sentir más calor y mejores sensaciones.

Ahora no era solamente los pezones los que agarraba, sino cada uno de sus senos, con fuerza con ganas, con pasión... Era increíble pensar en cuanto tiempo había pasado desde la última vez que había estado así.

Su mente empezó a dibujar situaciones y personas.

Algunas con las que había estado y otras con las que deseó en su momento haberlo hecho, era parte de su fantasía, así como muchas otras cosas que se había guardado solo para ella y nunca había llevado a cabo, pero, estaba sola,

en su mente podía hacer lo que quisiera y nadie la juzgaría, nadie la señalaría, esa era la mejor parte.

Cuando ya estaba a punto de llegar al clímax, Verónica paró un poco y respiró para aguantar un rato más, pero la sensación era tan espectacular que inició el acto de inmediato.

Sus músculos vaginales comenzaron a contraerse y ella aumentó la velocidad, bajó su otra mano, dejando huérfanos de cariño a sus senos y con ella comenzó en una danza salvaje y pasional a tocar su clítoris mientras la otra hacía el trabajo pesado.

La combinación de sensaciones hizo que

esta vez el mordisco en los labios inferiores fuese más fuerte, tanto que ella abrió la boca para no seguir lastimándose.

Se vino unos segundos después de que sus dedos trabajaran en conjunto. Soltó otro pequeño gemido y se dejó llevar por el momento. Se dejó deslizar por completo dentro de la bañera.

Para Verónica esa noche fue especial, se había desconectado de todo lo demás que le traía malas vibras a su vida, para ella era importante alejarse un poco de eso, sanar la mente, descansar el cuerpo, divertirse y sentirse un poco como en días anteriores. Su baño y diversión

había terminado por esa noche.

Salió de la bañera y se secó un poco, luego caminó desnuda hasta la cama donde había dejado la bata de baño, después de colocársela salió a prepararse algo de comer.

Prepararía su comida favorita para la cena para disfrutarla mientras veía su programa de televisión favorito y así cerrar la noche con broche de oro. Aún era muy temprano y podría seguir con su tiempo de relajación.

3

Arturo manejaba muy bien la motocicleta y verdad, por alguna razón que aún no descubría, ella se sentía a gusto y segura con ese hombre que acababa de conocer y que le había salvado la vida. Después de aproximadamente 15 minutos llegaron a un edificio enorme en el centro de la ciudad y entraron en el estacionamiento del mismo.

Verónica no entendía que pasaba en ese momento.

¿Dónde estaremos?

¿Será esta su casa?

¡Oh, no! Que no sea su casa.

Dentro del estacionamiento el ruido del motor de la moto hacía un estruendo enorme y parecía que eran dos bestias salvajes que pelaban entre sí, el sonido por un momento molestó a Verónica. Cuando Arturo apagó la moto el silencio fue tal que se sintió una paz espontánea.

Verónica no quiso decir nada al momento y solo se dejó llevar.

— Bien, ya llegamos.

Ella no dijo nada. Solo se limitó a bajar la cabeza y cruzarse de brazos.

Arturo comprendió esta actitud de la mujer, no era para nada fácil estar en su posición, había perdido todo lo que tenía hacía solo una hora, muchas cosas estarían pasando por la mente de ella en ese momento, y a pesar de que se notaba que era una mujer valiente y fuerte, nadie puede escapar de un trauma tan fuerte como el que ella estaba viviendo.

Él le puso la mano en el hombro y la guio hasta el ascensor.

Algunas personas que pasaban por el estacionamiento del edificio los veían como si de unos bichos extraños se

tratara, no era común ver una mujer en esas fachas, sí, pero algunos no disimulaban ni siquiera un poco su curiosidad. Eso hizo que Verónica se sintiera un poco incomoda, la gente no sabe respetar el dolor ajeno.

Ya dentro del ascensor ella no pudo callar por más tiempo y habló.

— ¿Me trajiste a tu casa?

Ella sentía un poco de miedo en ese momento y también estaba apenada por hacer la pregunta, no quería que el creyera que estaba desconfiando de él.

— No. Aquí vive mi hermana, pero ella está de viaje por Europa. Pasará algunos

meses por allá, así que esto es perfecto para ti.

¿Pero, por qué él hace esto por mí?

¿Lo hará con cada mujer que es víctima de un incendio y pierde todo?

Mejor cálmate un poco, Verónica.

— ¿Y ella sabe que yo...?

Arturo rio un poco.

— ¡Pero, claro que no!

Él poseía una sonrisa espectacular que a ella la cautivaba.

— Entonces no entiendo cómo me traes...

— Terminemos de llegar. Allá puedes darte una ducha y luego responderé todas tus preguntas.

Ella no podía evitar confiar plenamente en ese hombre, realmente él tenía algo diferente que por más que lo buscara no podía hallarlo, quizá era muy pronto para eso.

Llegaron al departamento y entraron. Era un poco pequeño, pero bastante acogedor, ordenado y muy limpio a pesar de que nadie estaba ahí para asearlo, o al menos eso creía ella.

Inmediatamente Arturo entró al cuarto de su hermana y le indicó a Verónica que entrara. Ella lo hizo tímidamente.

— Por acá tienes el baño. Y aquí un poco de ropa de ella.

Arturo abrió un cajón donde había muchísimos conjuntos, calcetines y pijamas.

— Puedes escoger lo que te plazca sin ningún problema.

— ¿Estás seguro de eso? ¿Por qué mejor no la llamas y le preguntas si ella está de acuerdo con todo esto? La verdad no quiero ser una molestia.

— Ya te dije que luego de tu ducha contestaría todas tus preguntas. Anda, debes asearte un poco.

Otra vez esa sonrisa.

Arturo salió de la habitación y pasó el seguro de la puerta por dentro para luego cerrarla.

Verónica se quedó sola en una habitación que no conocía, en un departamento que no conocía, con un hombre que no conocía y en una situación que no conocía, la verdad era como para colapsar en cualquier momento. Ella no tenía nada.

Pero, debía hacer las cosas de la mejor

manera posible y entonces comenzó por esa ducha, le vendría muy bien.

Era la segunda vez que tomaba una ducha esa noche, pero, esta vez el agua caía de una regadera y ella estaba rodeada de paredes extrañas, las sensaciones eran completamente diferentes y las situaciones más aún. Verónica jamás habría imaginado una noche como aquella ni en sus peores pesadillas.

El agua corría manchada por el hollín que se desprendía de su cuerpo y ella lo miraba como si de sangre se tratara, de hecho, pudo haber sido peor si ese bombero con alas de ángel en su espalda

no llagaba en el momento justo, las manchas en su piel, solo por un milagro no son permanentes.

Verónica pensaba más allá de toda la situación del incendio, pues ella tenía cosas por las cuales responder, su trabajo, por ejemplo, era una de ellas. Por los momentos quería salir de esa reconfortante ducha.

Cuando salió envuelta en una toalla fue directamente hasta el cajón que contenía la ropa. Ahí hurgó hasta que consiguió un pijama y se lo puso. Parecía imposible, pero era su talla.

Respiró profundamente y decidió salir de la habitación para aclarar todas las

cosas que le pasaban por la mente en ese momento y lógicamente darle las gracias a ese hombre que se estaba portando tan bien con ella. Verónica pensó que si no fuese por él ahora estuviese completamente derrumbada.

Al salir observó un reloj de pared y este marcaba las 11:25 pm. Parecía que había pasado más tiempo durante aquella noche, pero, la verdad todos los eventos pasaron muy rápido. Sobre la mesa había par de sándwiches y una taza enorme de café, por el momento ella no sentía nada de apetito, pero, de igual manera trataría de comer algo.

Arturo estaba en la cocina y salió de

inmediato cuando escuchó que ella se sentaba en la mesa. Él usaba un delantal y tenía en sus manos otra taza de café. Se sentó frente a ella.

— ¿Estás más tranquila?

— La verdad me siento algo extraña. Tengo sentimientos encontrados y no sé cómo reaccionar.

— Es normal. Estás pasando por un shock emocional. Las cosas se irán despejando en tu mente poco a poco.

Ella tomó la taza de café con ambas manos y sopló un poco para enfriar el café.

— Está muy sabroso. Gracias.

— Es un café instantáneo que conseguí en la cocina. Como puedes ver no soy muy buen cocinero.

Arturo señaló los panes y sonrió.

No lo hagas más, guapo. Si el incendio no me mató, tu sonrisa si lo hará.

— La verdad has hecho mucho por mi esta noche. Quiero agradecerte todo.

— Es un placer para mi poder ayudarte. No habría podido dejarte sola en esta situación. Sinceramente me preocupó que no tuvieras a donde ir.

— Si. Eso lo entiendo.

Verónica volvió a tomar un poco de café.

— ¿Estás seguro que tu hermana aceptará todo esto?

— Ella es una gran persona. Todo el tiempo se la pasa ayudando a la gente, es algo de familia, cuando podemos ayudar lo hacemos sin esperar nada a cambio. Es como nuestra naturaleza. Ella estará complacida cuando le cuente.

Arturo se recostó de la silla y estiró los músculos de su espalda.

— Lo mejor es que me vaya. Ya es tarde

y creo que deberías descansar un poco. Se que tienes cosas que pensar y analizar.

— ¿Dejarás que pase la noche aquí?

— Te lo repito. No creo que tengas muchas opciones, además aquí estarás cómoda y no hay apuro en que te vayas. Así cuidas el departamento.

Ella bajó la cabeza de nuevo.

Arturo se levantó de su silla y fue hasta donde estaba ella. Se agachó y le tomó las manos.

— Estarás bien. Sé que eso será así.

Ella asintió con la cabeza y trató de sonreír. Realmente pareció más una mueca que otra cosa.

El hombre le dio las buenas noches y comenzó a caminar hacía la puerta.

— ¿Crees que pueda usar la ropa de tu hermana para ir al trabajo mañana?

Arturo se detuvo sin voltearse.

¿Realmente ella estaba pensando en ir a trabajar mañana? Eso es síntoma de una mujer decidida y valiente, la verdad estaba más que sorprendido por la pregunta y para nada se la esperaba.

Dio media vuelta para mirarla.

— Ella se sentirá orgullosa de saber para qué usaste su ropa. Hazlo sin ningún problema.

Ambos sonrieron se volvieron a despedir. La puerta se cerró y ella inmediatamente fue a pasarle seguro.

Ahí estaba sola en ese departamento después de vivir la peor película de terror que se pudiera basar en su vida. Pero, no era momento para otra cosa que no fue salir adelante. Caminó hacia la habitación y se recostó un poco en la cama.

4

Camino a casa Arturo no podía dejar de pensar en esa hermosa mujer. La verdad nunca había hecho nada parecido antes. Ella le inspiraba una confianza enorme y realmente quería conocerla más, saber más de ella.

Dejó la motocicleta en la entrada de la casa y respiró profundamente antes de entrar.

La casa estaba completamente oscura y así decidió dejarla. No prendió ninguna de las luces y trató de no hacer ningún

tipo de ruido. Entró a la cocina por un poco de agua y se quitó la camisa sudada y sucia que usaba.

Con el vaso en la mano subió las escaleras y abrió la puerta de su habitación con cuidado. Ahí estaba Rebeca, su esposa. Aún la llamaba de esa manera a pesar de que estaban más que alejados. Su trabajo como bombero le había traído muchos problemas solo meses después de haberse casado.

Ella no soportaba que él no estuviese en casa con ella, que no la atendiera, pero, su responsabilidad dentro del departamento era primordial.

Arturo era el jefe allá y nada se hacía ni

cambiaba sin su consentimiento, eso lo supo ella desde un principio, de hecho, él le advirtió sobre el tiempo que necesitaba para desempeñar su trabajo. No tenía horarios. Rebeca había aceptado eso, pero, luego no lo soportó más.

Ella se había vuelto fría e insoportable. Las cosas se salieron del carril cuando el respeto se fue a la mierda y comenzaron los insultos, los celos y la desconfianza.

Durante los últimos siete meses lo único que recibió Arturo fue gritos y acusaciones, lo apuntaba y ponía en duda que estuviera todo el tiempo en el

departamento de bomberos. Ella parecía poseída hasta un punto que parecía entrar en la locura, cada vez era peor y él ya no podía aguantar más.

Durante esos meses Arturo durmió en el sofá la mayoría del tiempo, huía de los gritos y de las acusaciones, prefería eso antes que escuchar a esa mujer que tanto llegó a querer, diciendo una sarta de mentiras en su contra.

Estar en casa se había vuelto un infierno.

Arturo entró al baño y tomó una ducha durante unos veinte minutos. Salió y Rebeca seguía dormida, o al menos eso parecía.

Pensó en acostarse en su cómoda cama, pero, la verdad había tenido un día duro y si Rebeca decidía despertar y buscar problemas, él no lo podría soportar. La verdad eso era lo menos que quería en ese momento.

Bajó al sofá y ahí se acostó. Pensó en Verónica por un instante y se quedó dormido de inmediato. Ella le había demostrado que no era necesario preocuparse.

Arturo había tenido ese día experiencias únicas. Jamás se había arriesgado a entrar solo en un incendio y menos de la manera tan improvisada que lo hizo. Sabía que había estado mal y no siguió

los lineamientos que él mismo les exige a sus compañeros, pero algo lo impulsó a hacerlo.

Sin saber que era siguió sus instintos y pudo salvar la vida de una persona que resultó ser una mujer interesante y hermosa.

Además, después la ayudó de todas las maneras posibles y hasta le ofreció el departamento de su hermana, no sabía que era lo que lo llevaba a hacer todas esas cosas, pero estaba seguro que no se había equivocado en nada. Se sentía feliz y orgulloso de todo eso.

Por un momento pensó en quedarse en el departamento con aquella chica, pero

quizá no sería bien visto por ella y prefirió irse y dejar que las cosas siguieran su rumbo natural.

La noche pasó muy rápido, al menos Arturo lo sintió así, despertó y sentía que no había dormido nada.

Estaba más cansado y con mucho sueño. Decidió meterse a la ducha y tratar de conseguir energías con un buen desayuno.

Estando en la cocina mientras desayunaba entró Rebeca. Ella no volteó a verlo, era como si se tratara de un matero o un cuadro en la pared, para ella no era nada.

Arturo estaba seguro de que esa relación ya no tenía remedio, pero algo lo traía un poco extrañado.

Durante la última semana ella no le había reclamado nada en lo absoluto, de hecho, ni siquiera le había dirigido la palabra, esa calma misteriosa era un poco aterradora.

Terminó de comer y salió al trabajo como todos los días, siempre sabiendo a la hora que salía, pero, nunca a la que llegaría. Así eran las cosas con su trabajo.

Cuando ya estaba a unas cuadras de la casa se dio cuenta que había dejado su móvil en casa y decidió volver por él.

Esa era una de las vías con la cual se mantenía en contacto directo con sus compañeros y otros departamentos cercanos a la ciudad.

Frente a su casa había un coche aparcado y era primera vez que lo veía, pero, realmente no le dio ninguna importancia. Normalmente los vecinos tenían visitas y ellos se estacionaban donde mejor les parecía, ahí no existía el respeto por los demás.

Entró a la casa y realmente no recordaba donde había dejado su móvil. Buscó abajo y no lo encontró, quizá lo había dejado en el baño y decidió subir hasta su habitación.

El coche no resultó ser la visita de un vecino, sino una visita para su esposa. Ahí estaba Rebeca teniendo sexo con un hombre mucho mayor que ella.

La situación fue completamente surrealista, ella se tapó los senos con la sábana, el hombre se dio media vuelta y su cara era un poema que solo pudo haber sido escrito por Edgar Allan Poe y él se quedó en la puerta mirando la escena.

Buscó dentro de sí mismo lo que cualquier hombre en ese momento: una explicación. Pero, él ya la tenía.

Lo que más le impresionó a él fue la calma con que tomó la situación, no

sintió dolor, ni decepción, estaba completamente normal. No sintió ira tampoco y eso lo asustó un poco. ¿Realmente el sentimiento por Rebeca estaba tan muerto que verla con otro hombre en su cama no le produjo ningún sentimiento?

— Arturo, yo creí que tu... La verdad es que...

— Yo solo vine por mi móvil. ¡Ahí está!

Arturo caminó hasta una mesa al que se situaba al lado de la puerta y tomó el aparato.

— Disculpen la interrupción.

Salió con toda la calma del mundo y cerró la puerta con cuidado. Dentro Rebeca se quedó con la boca abierta y su amante volvió a respirar.

Mientras bajaba las escaleras Arturo pensó en lo que había acabado de vivir y realmente estaba sorprendido con él mismo, no había sentido nada, era como si supiera que algo así iba a pasar de un momento a otro.

Salió de la casa, se montó en la motocicleta y más que cualquier cosa se sentía aliviado, quizá eso era lo mejor que le había pasado desde hace mucho tiempo. Las cosas siempre llegan en los momentos justos.

Arrancó y se dirigió a su trabajo. No pensó más en eso hasta que volvió a casa dos días después.

5

Verónica se despertó bañada en sudor y con el corazón a punto de salirse por su boca. Estaba asustada y muy nerviosa.

Cuando se recostó para descansar no pudo conciliar el sueño fácilmente y no era para menos, la situación por la que pasaba la obligaba estar despierta.

¿Y si me duermo y hay humo de nuevo?

Cada vez que cerraba los ojos veía llamas y cenizas, le venía a la mente la imagen de su casa destruida, los

pensamientos de muerte y angustia y entonces los abría de nuevo.

Se mantuvo gran parte de la noche mirando el techo extraño y sintiendo la cama extraña. Consiguió dormirse pasadas las 3:00 am pero, solo por unos cuarenta minutos, una pesadilla la despertó.

En la pesadilla veía como su casa se quemaba y con ella todos sus sueños, las llamas entraban en su cuerpo sin hacerle daño, pero arrasaban con todas sus metas, con toda su vida. Ella quedaba en un lugar oscuro y rodeada de cenizas. Ella trataba de levantarse, pero, no podía hacerlo. Las llamas no se lo

permitían.

Cuando despertó de un salto se dio cuenta de que la realidad no estaba tan lejos, se acurrucó en una esquina de la cama y permaneció así hasta que amaneció. Sabía que le día que tenía por delante sería muy fuerte y debería afrontarlo con gallardía. Era el primer día de un nuevo comienzo.

Tomó una ducha y buscó algo de ropa en el cajón. Ella se imaginó que estaba de compras.

Sacó un vestido algo formal primero, pero no le pareció apropiado y decidió buscar más. Al parecer ambas chicas compartían los gustos por la ropa.

Consiguió unos jeans y una camisa de botones y se atavió con eso. Se acomodó el cabello con una cola de caballo y salió del departamento sin cartera, sin documentos y sin dinero. Caminaría hasta el trabajo y ahí resolvería algo.

Solo había un pequeño detalle, caminar por las calles sin ropa interior era algo nuevo para ella.

Verónica salió mucho antes de lo normal al trabajo. Al salir del edificio tuvo que caminar algunas cuadras para ubicarse y poder conseguir el camino correcto, así lo hizo, pero, primero debía hacer una parada obligatoria, de igual manera llegaría tarde al trabajo ese día.

En su mente se repetía que tenía que ser fuerte una y otra vez, era necesario para ella en ese momento tener eso en cuenta. Pero, mientras estaba más cerca de su primera parada esa mañana parecía más difícil todo eso.

Pero, llegó y ahí estaba: su casa. O, mejor dicho, lo que quedaba de su casa. Era como si alguien con un borrador gigante la hubiese quitado de donde estaba, había un vacío enorme en esa zona y notó que la casa de su vecino también sufrió algunos daños superficiales. Ella esperó que todo estuviera bien con ellos.

Se acercó poco a poco y pasó por

debajo de la cinta de seguridad que había dejado la policía y los bomberos la noche anterior, llegó justo hasta la acera y ahí se quedó contemplando todo. La verdad estaba con los pensamientos en blanco, no se explicaba como toda había pasado tan rápido y sin aviso, era como un castigo divino.

Con su pie apartó algo negro que vio en el piso, parecía ser uno de los cuadros de la cocina. Sí, efectivamente, era ese donde salía un letrero que decía: El que cocina no lava los platos. Ver eso le dio un golpe fuerte en el corazón, era pensar que cada una de las cosas en la casa estaban igual, que todo había desaparecido.

Una mano la tocó por el hombro y ella se asustó un poco. Era un policía.

— Señorita, no puede estar aquí.

— Lo sé. De hecho, no debería haber venido hasta aquí. Esta era mi casa.

El policía no supo que hacer en el momento.

— Lo siento.

— Sí. Yo también.

Verónica se dio media vuelta y fue alejándose del lugar, el policía la miraba con lástima, pero eso era lo que menos ella necesitaba.

Ahora si iría hasta su trabajo, ir hasta su casa fue una estupidez, pero, ella necesitaba confirmar que lo que estaba viviendo no era parte de una broma o un mal sueño, ella quería ver y sentir que tan duro la golpeaba la realidad. Y realmente fue muy fuerte.

Cuando iba camino al trabajo iba repasando mentalmente todas las cosas por las que iba a tener que pasar durante el día, aunque no quisiera tendría que dar explicaciones y debía saber cómo hacerlo.

Entrando a la oficina observó una cantidad d trabajo impresionante sobre su escritorio, lo cual le pareció extraño.

No había dejado nada pendiente del día anterior y mucho menos lo iba a dejar tirado de esa manera.

Cuando verónica se disponía a buscar una explicación sobre eso se encontró de frente con su jefe y el solo verlo le provocaba nauseas, solo quería empujarlo y salir corriendo.

— Buenos días, jefe. Quizá usted me pueda explicar a qué se debe todo ese trabajo que está sobre mi lugar de trabajo.

— No creo que sea muy buenos días, señorita. No sé si ha notado que llega más de una hora tarde, la he estado buscando desde hace un buen rato.

— Tengo mis razones y se las daré en el momento justo. Por ahora quiero saber sobre el punto que le acabo de recalcar.

El hombre se puso a la defensiva de inmediato y sacó la peor parte de él.

— Aquí las cosas se hacen de mi manera. No quiero saber de razones, las horas que llegue tarde serán descontadas de su sueldo y todo ese trabajo lo puse yo ahí. ¿Hay algún problema con eso?

Verónica se imaginó a si misma agarrando el florero que tenía justo al lado y reventándolo en la cabeza de su jefe. Verlo caer al suelo sería algo como para nunca olvidar. Se sacudió ese pensamiento y sonrió con ironía.

— No. No hay ningún problema. Ya me pongo a trabajar.

El hombre siguió su rumbo y ella tuvo que quitarse del camino para que no la tropezara. Las cosas iban de mal en peor.

Entró a la oficina y cerró la puerta y las persianas de las ventanas, no quería que nadie la molestara, no quería ni siquiera que le hablaran, lo único que le importaba era estar sola y resolver lo de su trabajo, era viernes y quizá saldría un poco antes si terminaba pronto.

Encendió su ordenador y se quedó viendo la pantalla durante unos minutos. Estaba rebobinando y sacando cuentas

acerca de todo lo que estaba pasando, quizá lo único bueno que había tenido era ese ángel con traje de bombero y sonrisa encantadora.

Sí, definitivamente él era lo mejor que le había sucedido en las últimas horas, quizá debería concentrarse en eso para no pasar un día tan difícil.

Las horas pasaron sin parar y a pesar de lo duro que era trabajar sobre cosas que no le correspondían ella lo hizo sin problemas, cuando llegó la hora del almuerzo todos salieron y Verónica aprovechó esa hora para poder adelantar todos lo que pudiera.

Ahí estaba sentada frente a su escritorio

trabajando como todos los días, sin una casa donde llegar, sin un centavo en el bolsillo y con la tristeza más grande que había sentido jamás. Pero, al parecer para eso estaba hecha, para resistir los embates de la vida, para salir delante de cada situación adversa y para hacerse mejor persona cada día.

Llegó la tarde y entró en la oficina del jefe con todo el trabajo realizado mucho antes de la hora de salida.

— Aquí tiene. El trabajo que no me correspondía hacer.

Carpetas y papeles cayeron de forma brusca sobre el escritorio del jefe.

— ¡Qué carajo! ¿Acaso eres ciega?
Estoy trabajando aquí.

— Sé que está trabajando aquí, pero, como su manera de poner las cosas sobre los escritorios de los demás es esta, entonces pensé que le gustaba y decidí hacer lo mismo.

Verónica sabía que se estaba metiendo en un lío enorme, pero, era precisamente lo que quería. Ya ella había tomado una decisión.

— Usted es una mujer muy grosera y la verdad...

— La verdad es que renuncio.

Verónica le entregó un papel con la renuncia escrita en él y su rúbrica debajo del mismo. El hombre lo tomó de mala manera y lo observó un poco.

— Espero esté segura de lo que haces.

— No se preocupe por mí. Yo necesito mi dinero lo antes posible y en efectivo.

Verónica se volteó y salió de la oficina inmediatamente, miró a su alrededor y sonrió. Quizá las cosas comenzarían a cambiar de nuevo para bien, podría salir de este hueco en que había caído, era solo un pequeño bache.

Por ahora solo estaba pensando en volver al departamento extraño y

empezar a resolver cada uno de los problemas que tenía pendiente.

6

Arturo había tenido un día bastante ocupado y la verdad no había tenido tiempo para pensar en nada, solo en esa chica que había rescatado y que se había quedado a dormir en el departamento de su hermana.

Estaba preocupado por ella de una manera poco común para él, pero, no sabía la razón.

Quizá el hecho de saber que andaba por ahí sin dinero (nunca pensó en ofrecerle algo la noche anterior) sola y con tal

problema encima, lo tenía algo inquieto. De hecho, esa fue una de las razones por la cual le ofreció quedarse donde su hermana, era una manera de ayudarla. Además, fue algo que le salió muy natural.

Pasadas las 4:00 pm Arturo decidió ir hasta el departamento a ver si ella estaba ya de regreso del trabajo y efectivamente así fue.

Cuando llegó consiguió a Verónica cocinando algo y la vio un poco más animada que el día anterior. La verdad eso lo hizo sentir bien, de seguro había solucionado durante el día.

— Hola. ¿Qué tal te sientes hoy?

— Hola. Me siento mucho mejor. La verdad es que físicamente estoy bien.

Ella estaba más radiante y hermosa esa tarde. Además, por primera vez la veía vestida con una ropa limpia y que no fuese un pijama. Lucía espectacular y sus dotes estaban bien definidos, Arturo quedó encantado.

— Me alegra mucho. Quise venir para ver si se te ofrecía algo.

— Pues, la verdad no mucho. Conseguí algo de comida en la despensa y cocino algo ahora. Me imaginé que vendrías, así que hice para ambos.

— Entonces me quedaré para la cena.

Espero esté buena.

— Te aseguro que mucho mejor que tus sándwiches.

Se rieron y mientras la cena estaba lista hablaron durante un buen rato. Eso les haría bien a ambos, pues más allá de los problemas que se conocían, cada uno pasaba por un infierno diferente que mantenían en secreto.

La conversación fluyó bastante bien y rieron mucho a pesar de todo. Por su parte Arturo pensaba que esa era el tipo de relación que quiso con Rebeca, y la tuvo durante las primeras semanas, pero luego las cosas se vinieron abajo.

También Verónica tenía sus pensamientos y se basaban en que tenía muchísimo tiempo sin hablar con alguien de la manera en que lo estaba haciendo con ese hombre. Ella estaba un poco confundida acerca de su comportamiento, pues no salía ser así. Ella es una mujer más callada y recatada, sobre todo con los hombres. Pero, con este bombero guapo las cosas eran diferentes.

Por fin decidieron cenar y todo salió de maravilla.

— Déjame decirte que cocinas muy sabroso. La verdad me gustó muchísimo.

— Es un halago. Gracias.

Arturo se limpió un poco la boca con una servilleta y le dirigió una mirada seria a Verónica.

— Quiero que sepas que todo esto es de manera desinteresada, lo hago porque realmente soy.

Verónica miró en esos ojos una sinceridad enorme.

— Lo sé y estoy muy agradecida por todo lo que haces. No estoy segura de donde estaría ahora si no fuese por ti.

El ambiente se puso un poco triste.

— Mañana deberíamos ir a comprar algunas cosas para ti. Necesitas comida,

por ejemplo.

— NO quiero que te molestes más.

— Sería un préstamo. Cuando te recuperes económicamente me lo pagarás. No puedes decirme que sobrevivirás con lo que queda en la despensa.

Verónica no sabía cómo reaccionar. Realmente ese hombre le había caído del cielo.

Pensó en decirle que se lo pagaría luego, pero sabía que sería imposible convencerlo de eso, entonces prefirió quedarse callada y con la mirada al piso asintió. Era difícil para Verónica aquella

situación, pues estaba acostumbrada a tener sus propias cosas por medio de su esfuerzo y trabajo.

Jamás había dependido de nadie desde aquel día en que su padre se fue de la casa y ella solo contaba con doce años, ella sola tuvo que mantener a su madre que estaba enferma y a su pequeño hermano de seis años apenas.

Así que ella era una mujer valiente y dedicada gracias a las circunstancias que la vida le había puesto en el camino, quizá ahora que estaba sola se sentía más presionada por momentos, pero, saldría adelante.

Arturo la observó por un momento y se

dio cuenta que la mujer solo había aceptado por mera necesidad, pero quería hacerle entender que todo lo hacía de corazón y sin ningún interés.

— Quiero que entiendas que esto lo hago porque así lo quiero. No te sientas presionada. Ya sé que es segunda vez que te lo digo, pero debes tener eso presente.

— No es fácil para mí todo esto.

Él con cariño y delicadeza la tomó por la cara. Ya era la segunda vez que hacía eso y a ella le encantó tanto como la primera vez.

— Todo va a estar bien.

Verónica sintió un nudo en la garganta y por primera vez en muchos años comenzó a llorar. Por fin había sacado ese dolor tan grande que llevaba por dentro, si no lo hacía explotaría de un momento a otro y quizá pararía a loca o algo así. Sus lágrimas eran desconsoladoras y Arturo la abrazó en ese mismo instante. Ella se aferró a él, también por segunda vez, y no podía para de llorar, era algo que venía desde el fondo de su alma, algo incontenible.

Verónica tenía el rostro clavado en el hombro de Arturo y se sintió protegida y como si nada pudiera pasarle ahí. Lo tenía a él.

Mientras paró el llanto ella empezó a asimilar el momento, y más allá de sufrimiento y la angustia notó algunas cosas en ese hombre que le encantaron. Él era como una especie de roca con un centro muy blando, era una persona bondadosa y buena, pero recubierto de músculos grandes.

La espalda de él era tan ancha que ella no podía abrazarlo por completo, sus brazos alrededor de ella se veían más grandes de lo que eran. A verónica le encantaban los hombres así.

Por fin dejó de llorar y se separó de Arturo. Él siguió viéndola con cara de preocupación y ella sonrió de manera

espontánea.

— Ya había olvidado lo que era llorar.
De verdad disculpa.

— No te disculpes por eso. Era lo mejor para ti.

Se miraron mutuamente y ella se sonrojó. Esa fue la primera conexión real y ambos la sintieron, pero, nadie dijo nada al respecto.

Arturo sintió algo nuevo para él cuando abrazó a la chica. Quiso que el tiempo se detuviera y se quedaran así todo lo que fuese posible, era como descubrir nuevos sentimientos, nuevas sensaciones. Ni con su esposa en los

mejores momentos de la relación pudo tener esa conexión.

Arturo se levantó y fue hasta la cocina a buscar un poco de agua y se la llevó a Verónica.

— Anda, toma un poco para que puedas calmarte completamente.

— Gracias.

Ella temblaba un poco al momento de sujetar el vaso, pero, mantuvo la serenidad hasta cierto punto.

Ahora no era solo por el llanto sino por... Él. Sí, estaba nerviosa de tenerlo cerca, de tenerlo ahí solo para ella, sin

nadie alrededor.

Arturo notó el nerviosismo de la chica y pensó que él también lo estaba.

El momento se tornó un poco incómodo y el silencio aturdía más que el sonido del motor de la motocicleta en el estacionamiento del edificio la noche anterior. Ella no lograba mantenerse tranquila, movía sus manos de un lugar a otro y su mirada estaba clavada en el piso, la verdad no sabía qué hacer.

Arturo trató de romper el hielo y habló.

— ¿Cómo pasaste tu día?

Ella escuchó esas palabras y sintió un

gran alivio.

— No muy bien, la verdad. Me dieron unos días libres para poder hacer mis cosas y organizarme de nuevo.

Prefirió mentirle a Arturo sobre su renuncia, por los momentos era prudente mantener las cosas así y no darle una preocupación más.

— Pues, eso me parece excelente. Creo que es lo mejor para ti.

— Si, eso creo yo también.

Siguieron hablando durante unos minutos y luego Arturo se levantó decidido a irse. Él pensó en su mujer por primera

vez ese día desde que salió de la casa en la mañana, realmente no quería ir hasta allá, pero, se estaba haciendo tarde y quizá la chica estaba cansada... Él se la apañaría en un hotel en el camino.

Justo en el momento en que ella vio las intenciones del hombre se levantó también, pero no sabía si quería despedirlo o pedirle que se quedara.

— ¿Te parece si te quedas un rato más? Tu compañía me hace bien.

— Será un placer para mí.

Pero, definitivamente alguien debía tomar las riendas en el asunto, los dos estaban nerviosos. Arturo pensó en algo

rápidamente.

— No sé si has tenido algún tiempo para recorrer parte del departamento, pero el balcón es muy cómodo a pesar de lo pequeño que es.

— La verdad no he salido hasta allá. La noche está tranquila y algo fría.

— Y despejada que es lo más importante. Vamos, te invito a ver un cielo espectacular.

Caminaron juntos hasta una puerta corrediza y él se adelantó para abrirla. Una corriente de aire entró y realmente estaba muy frío. Inmediatamente él se quitó la chaqueta y la colocó sobre los

hombros de la mujer, ella lo miró y le sonrió.

Ese gesto había sido muy caballeroso y a ella le había encantado, era como encontrar en ese hombre la excepción que hace la regla. Definitivamente cada vez lo encontraba más perfecto, pero eso de seguro no era así. Algo malo debía tener.

Salieron y lo primero que hicieron fue mirar las estrellas. Efectivamente el cielo estaba despejado, no hubo necesidad de palabras en ese momento y un brazo rodeo los hombros de Verónica. El corazón le saltó.

A un lado de ellos había un sofá que

estaba un poco dañado por la lluvia y el sol, pero, sería perfecto para ellos y así poder disfrutar del espectáculo que les brindaba la naturaleza.

7

Las investigaciones habían arrojaron que el incendio había sido provocado por un cortocircuito en el calentador de agua. El recalentamiento del mismo provocó que el fusible se abriera pero, no pudo evitar que los cables se incendiaran y las llamas se corrieran hasta un cesto de ropa sucia y de ahí hasta toda la casa.

Las llamas pudieron haber sido sofocadas y evitado que la casa completa se incendiara si se hubiesen atacado a tiempo, pero, no fue así.

Además, en la casa se encontró un extintor vencido, el cual no habría servido de nada al momento de usarlo.

Los daños fueron de pérdida total de la casa y no pudo ser recuperado ninguno de los objetos que estaban dentro de ella.

Verónica escuchaba con detenimiento el parte del detective junto y no podía creer que todo había sido culpa de ella, claro, el quedarse dormida después de una buena ducha y un estresante día en el trabajo no era su culpa, a cualquiera le sucedía, pero, pudo haber apagado el calentados al salir de bañarse, o quizá debió despertarse antes. Ella estaba muy

triste de saber cómo pasaron las cosas en realidad.

Arturo estaba con ella, apoyándola y dándole ánimos para que se levantara de este nuevo trago amargo, pero, ella estaba desolada. Solo pensaba que las cosas pudieron evitarse y que quizá había puesto en riesgo la vida de otras personas también.

— ¡En la casa del vecino hay un niño de solo unos meses de nacido! ¡Unos meses!

— Por favor, Verónica cálmate. No es tu culpa lo que pasó, además no puedes estar sufriendo por cosas que ni siquiera sucedieron.

Ella estaba como ida, tenía la vista enfocada en un solo punto y Arturo estaba un poco preocupado por eso. Logró que se relajara un poco al cabo de unos minutos y la convenció de volver a casa. Ya en el departamento ella se duchó (con agua fría) y luego se echó a dormir en la cama. Era lo mejor que podría hacer durante esa noche, ya al día siguiente estaría mejor.

Efectivamente, en la mañana Verónica estaba clamada y con nuevos ánimos, a pesar de que dos veces se despertó debido a unas pesadillas, pero logró conciliar el sueño inmediatamente.

Entendió que su salud mental era

también importante y empezó a dejar atrás todo lo sucedido, afortunadamente nadie salió herido y lo único que se perdió se podría recuperar con el tiempo. Era hora de pasar la página y continuar el camino nuevo, el futuro estaba más cerca de lo que ella creía y las cosas estaban saliendo bien.

8

En el balcón estaban más que cómodos y el sofá, a pesar de lucir algo viejo, era muy comfortable.

Se dedicaron a ver las estrellas durante un rato y cada vez se acercaban más, quizá era el frío y por mero instinto buscaban el calor corporal del otro, aunque lo cierto es que buscarle más explicaciones a lo que era obvio, era perder el tiempo. Ellos querían estar cerca y se sentían bien de esa manera.

El corazón de Verónica latía cada vez

más fuerte y ella estaba teniendo una sensación extraña, algo que podía decir que no había sentido desde hace mucho tiempo o que quizá lo hiciera por primera vez, lo cierto es que era algo que la tranquilizaba.

Ella lo veía de reojo y notaba su amor, respeto e impresión por las estrellas y el universo que tenía Arturo.

— ¿Ves aquella estrella que brilla más que ninguna otra? Pues, es el planeta Venus, es el primer lucero que aparece y el último que se oculta. Algunos aseguran que es el brillo más hermoso que se puede ver a simple vista, engalana el cielo con solo su presencia y

es único. De ahí que la leyenda diga que las mujeres son de Venus.

— ¿Y tú crees que eso es cierto?

Las oportunidades cuando llegan servidas en bandeja de plata hay que aprovecharlas.

— En ese momento, mientras te miro, puedo confirmarlo.

Verónica no daba crédito a lo que sus oídos escuchaban y se sonrojó mucho más que la vez anterior, realmente estaba muy apenada y de nuevo bajó la cabeza.

— Tienes un rostro hermoso, no

deberías bajar tanto la cabeza.

— No suelo hacerlo, realmente. Pero, contigo las cosas son diferentes.

Arturo quedó algo sorprendido con la inmediata respuesta de la chica quien ahora lo miraba directamente a sus ojos. A él no le quedó más remedio que sonreírle y sin dejar pasar un segundo más la abrazó y la acercó a él. Ella se acurrucó en su regazo.

La noche pasó entre anécdotas, historias y datos sobre las estrellas, ella estaba fascinada con todo lo que él sabía al respecto y escuchaba atentamente todo lo que decía. Verónica estaba feliz y por fin había sacado de su mente todo lo que

había pasado con su casa y realmente estaba disfrutando del momento.

Ambos fueron cambiando de posición mientras iban pasando las horas y sin saber cómo ella estaba recostada sobre las piernas de Arturo.

Desde ese ángulo él podía verla por completo, desde su sonrisa pasando hasta la punta de los pies y sobre todo sus grandes senos. Ahí detenía la mirada durante todo el tiempo que podía, esperando que ella no se diese cuenta de lo que hacía. Era imposible tenerla así y no mirar hacia esa voluminosa área.

Además, el escote que ella traía, lo incitaba aún más.

Aunque Arturo trató de hacer las cosas de la manera más disimulada posible, Verónica lo había agarrado infraganti desde la primera vez que lo hizo, pero ella no le dio importancia. De hecho, era algo que le gustaba que él hiciera, quizá también la encontraba atractiva como ella a él y eso la alegraba.

Verónica había tomado más confianza y hablaba con más soltura, intercambiaban ideas y se reía más, lo cual tenía animado a Arturo. Ella se levantó un instante y estiró su espalda hasta que tronó, ya tenía rato acostada y era hora de buscar otra posición.

Se sentó con las piernas cruzadas y se

dejó caer sobre el costado de Arturo, este la acogió de buena manera abrazándola completamente. Ya ahora podía estar seguro de que ella se sentía tan cómoda como él, uno al lado del otro y sintiéndose.

Si no lo intentas lo lamentarás para siempre, idiota.

De una manera sutil y por sorpresa, él arregló a Verónica para que se deslizara sobre su pecho y la tomó con el brazo contrario con el que la abrazaba. Ella quedó boca arriba mirándolo fijamente a los ojos y tan cerca como nunca antes había estado.

Se miraron los labios y definitivamente

ambos notaron la química, las ganas que se tenían. No estaban seguros cuando había nacido o si ese era el comienzo de un sentimiento, pero, sin pensarlo y dejando todo a un lado terminaron besándose.

El beso fue tan apasionado y excitante que Arturo trató de disimular una erección espontánea, pero, con resultados adversos. Se notaba a leguas sobre su pantalón. Verónica se separó un poco y se sentó sobre él, le tomó el rostro con ambas manos y los besó de nuevo, los brazos del hombre la rodeaban con fuerza y cariño. El beso fue extenso y apasionado.

En ese balcón ambos estaban sintiendo precisamente lo que los unió: llamas ardientes. Las manos de ambos recorrían los cuerpos del otro y no paraban de besarse. Verónica le sacó la camisa a Arturo y la lanzó lejos. Se detuvo por un minuto a admirar.

Frente a ella tenía un manjar de musculatura. El pecho de ese hombre estaba tallado por los dioses, ella comenzó a tocarlo con delicadeza y él solo se dedicaba a mirar y esperar.

Las manos de Verónica bajaron hasta un abdomen marcado y fuerte, no había ni un palmo de grasa, solo músculo bien definido y trabajado con dedicación.

Todo esto se combinaba con los brazos y era perfecto, todo lo que ella siempre buscaba en un hombre, además sabía que tenía un buen corazón lo que le daba el toque final.

Mientras ella seguía mirando, se sacó su blusa y la lanzó en dirección contraria a la camisa, no como algo planeado sino simple casualidad. Salieron a flote unos enormes senos desnudos, ella aun no compraba ropa interior.

Redondos, grandes y con pezones pequeños, estaban más que apetecibles. Las manos de Arturo subieron hasta ellos y los apretó con suavidad, pero con mucho deseo. Ahora su erección era

más grande y más constante. Ella la sintió debajo, entre sus piernas.

Por un momento se olvidaron de donde estaban y solo siguieron sus instintos, esos mismos que los habían llevado a ambos hasta este punto exacto de la vida, donde se tenía que encontrar de alguna manera para sentir lo que sus cuerpos experimentaban en ese momento.

Se besaron de nuevo y Arturo se levantó con ella encima. No era para nada difícil levantarla, para él no era más que un saco de plumas. Ella se aferró de su cuello sin dejar de basarlo.

Los senos de ella se apretaban con el

pecho de él y formaban una masa de carne que era digna de la mejor fotografía para una revista, era sexy y perfecta.

Entraron al cuarto y Arturo la lanzó con delicadeza en la cama. Se quitó los zapatos y el pantalón quedando solo con sus calzoncillos ajustados. De ellos salía una gran protuberancia y a Verónica no se le hizo agua la boca solo por milagro.

Agarró a la chica y la arrimó hacía él. Le quitó el pantalón y la descubrió desnuda también. No llevaba bragas. Al ver la piel de su vagina juntándose con la de su abdomen, sintió la necesidad de

comérsela viva en ese mismo instante, era como un deseo indomable.

Lanzándose sobre ella la besó de nuevo, eso era algo que ahora era una adicción, sus carnosos y sedosos labios eran exquisitos, no podía dejar de probarlos.

Verónica le quitó el calzoncillo con los pies y eso le pareció a él una habilidad bien particular e interesante. Al fin quedaron ambos desnudos en la cama.

El control lo tomó Arturo desde ese momento. La volteó y levantó una de las piernas de la chica quedando completamente al descubierto y sumisa ante él, pero fue ella quien pasó su mano por detrás de su espalda y encontró

aquel nuevo músculo de Arturo.

Un pene de más de 17 centímetro (calculo ella) y bastante grueso según lo que sentía en la mano. Pero, si dejar pasar un segundo más lo puso justo en la entrada de su vagina e introdujo solo el glande de ese animal.

Arturo se encargó de meterlo hasta el fondo y sin anestesia, ella lo sintió completamente y se agarró de las sábanas mordiéndose el labio inferior.

Sí, Aun te duele de la última vez que lo mordiste, ¿cierto?

Él comenzó su armonía de movimientos y sostenía a la mujer con fuerza. Las

penetraciones eran fuertes y por un momento ella pensó en pedirle que parara.

¿Pero, que estás esperando, mujer?

Es un animal inmenso. No va a hacerte el amor. ¡TE ESTÁ COGIENDO!

Disfrútalo.

Entonces desistió de la idea y siguió aguantando la pelea y disfrutando del placer.

ÉL tenía el poder de estremecerla completamente y hacerla sentir como nunca antes lo había hecho nadie más. Este era el mejor encuentro sexual que

había tenido y ahora solo empezaba.

Arturo agarraba los deliciosos senos de Verónica mientras la penetraba. Verla así, tendida en la cama y sintiendo el placer que él le infringía era para él lo mejor que había visto.

La belleza de la mujer no desaparecía en ningún momento, era tan hermosa que ni en una situación como esa dejaba de serlo. Algo, para él, impresionante e inédito.

Cambiaron de posición y esta vez la puso de espaldas a él. Ella se apoyó sobre sus rodillas. Arturo agarró los brazos de la mujer y se los puso detrás de la espalda de ella, era como un

policía cuando va a arrestar a un delincuente e iba a esposarlo.

Así que, con una mano puso sostener las dos de ella y con la otra tomó su pene y la penetró de nuevo.

Ella no tuvo más remedio que apoyarse con sus hombros en la cama y estaba completamente a los pies de él. Sus senos rozaban las sábanas y comenzó a gemir un poco. No era normal en ella, pero, le estaban dando duro y en el punto exacto.

Él se hundía completamente en ella una y otra vez sin parar, era una sensación increíble. Siendo Verónica tan pequeña frente a él su vagina se hacía cada vez

más estrecha y su glande se hinchaba cada vez más.

El placer que sentía Verónica no se comparaba con nada y pensó que lo estaría soñando, pero era tan real que descartó la idea de inmediato.

Sus cuerpos chocaban cada vez con más fuerza y por primera vez sus gemidos eran realmente eso: gemidos.

— ¡Dame más! ¡Dame más! — Decía ella sin parar.

Con su mano libre Arturo la nalgueó de tal manera que ella gritó de dolor y placer. La marca roja sobre su blanca nalga se hizo de inmediato y ella sentía

como le ardía aquello, estaba delirando de lujuria, de pasión. Quería más y más.

La cama se movía conforme ellos también lo hacía y rechinaba más aún. Eso era un buen síntoma. Quizá el vecino de abajo estaba al tanto de lo que estaba sucediendo en el piso superior.

Verónica sentía que podía llegar al orgasmo y rezó silenciosamente para que él no se corriera antes de eso, pero lo bueno fue que no tuvo que esperar mucho.

Un cosquilleo fuerte recorrió su cuerpo y sintió como sus músculos vaginales se contrajeron involuntariamente, ella mordió una almohada que tenía cerca de

su cara y gritó con todas sus ganas.

Ahora sí, si el vecino tenía una duda ya la habría esclarecido.

Arturo le soltó las manos y fue un alivio para ella poder sostenerse de la cama mientras estaba experimentando ese clímax tan puro y real, se agarró con fuerza del colchón y soltó otro grito.

En ese momento sintió como él la dejaba de penetrar y dos segundos más tarde un chorro de semen caliente le cayó sobre la espalda y eso hizo que ella se excitara más aún.

El líquido le corrió por ambos lados y cayó al colchón mientras ella se

acostaba. A su lado cayó exhausto Arturo y la acompañó con un abrazo. Ambos tenían la respiración entrecortada y sudaban un poco.

La experiencia fue única para los dos, pues ella jamás había estado con un hombre como él y menos después de verse solo dos veces. Para él lo inédito se centró en dejarse llevar por las cosas que siempre quiso hacer con otras mujeres y que con esta había salido tan bien.

— Todo perfecto, pero solo hay un detalle.

Arturo escuchó esas palabras y no supo que pensar.

— ¿Podrías decirme cuál? — Pregunto él.

— ¿Será que algún día sabremos nuestros nombres?

Las carcajadas de ambos fueron sonoras y sinceras. Era lo más cierto del mundo, pues en ningún momento se había presentado formalmente y jamás nadie había preguntado el nombre del otro.

— Arturo Ramírez — dijo mientras se sentaba en la cama y estrechaba su mano a la mujer desnuda que tenía a un lado.

— Verónica Ortiz. Un placer —

Se besaron y él volvió a su lugar para

abrazarla.

9

Se habían quedado dormidos y Arturo fue quién despertó primero. Trató de buscar la manera de saber cuál era la hora, pero recordó que sus pantalones debían estar tirados por algún lugar del piso. Tenía a Verónica aprisionándole uno de sus brazos y si lo sacaba la despertaría. Eso era lo que menos quería.

Prefirió esperar un rato ahí.

Se sentía bien y no estaba pendiente de ir a su casa ahora. No necesitaba ir hasta

allá, verle la cara a Rebeca y pensar que tan solo ella le intentara explicar algo, le producía náuseas.

No era por el hecho de verla con otro hombre, sino porque realmente lo que sentía por ella era repulsión total. Sus malos tratos y conductas inapropiadas habían acabado con cualquier sentimiento que puso sentir por ella.

Ahora se sentía feliz y realizado. Claro, había tenido el mejor sexo desde hace mucho tiempo con una mujer hermosa y atractiva, por supuesto que se sentía realizado.

Lo que lo tenía más contento era que no lo había hecho por venganza, no. La

verdad no recordó a su esposa ni por un segundo durante todo lo que pasó con Verónica.

¡ESPOSA! Sí. Que no se te pase ese pequeño detalle.

Deberías decirle eso a Verónica.

Pero, no. No era necesario echar a perder el momento. Quizá era algo pasajero y solo tendrían sexo ese día y nada más. Entonces no había necesidad de ensuciar algo tan espectacular con cosas como esas, que realmente no tenían ninguna importancia.

Arturo siguió pensando en algunas cosas hasta que sintió que Verónica se

despertó y lo abrazó con cariño.

— ¿Te quedarás esta noche conmigo?

Eso era todo lo que necesitaba escuchar.

— Claro que sí.

Cuando pronunció esas palabras Arturo sonrió y aunque ella no lo vio él sí lo supo. Esa sonrisa era un síntoma de algo más y quizá estaba enloqueciendo, pero su corazón se aceleró en ese momento.

Verónica se acomodó y se quedó dormida de inmediato.

10

Había otra cosa que compartían, pero, que era un secreto para cada uno de ellos. Desde hacía mucho tiempo no amanecían con alguien a su lado, y mucho menos después de tener sexo de la manera en que la habían tenido.

Verónica tuvo una época donde desechó por completo a los hombres. Era justo antes de mudarse a donde ahora residía, y fue realmente lo mejor que pudo haber hecho.

No venía de relaciones traumáticas, ni

de hombres mujeriegos, no había sido engañada, ni nada por el estilo. Simplemente no había funcionado y listo, pero, la verdad si estaba un poco decepcionada.

Al principio pensó que ella era la del problema, pues siempre se ilusionaba al comienzo y era ella misma la que iba alejándose hasta que pensaba que no funcionaría. Entonces se iba para nunca más volver.

Una vez se analizó profundamente y llegó a la conclusión que estaba enfocada en otras cosas, así que se alejó completamente de todo lo que concernía a los hombres.

Para ella comenzó una etapa bien curiosa. La necesidad de tener sexo nunca bajó y por ende buscaba la manera de sentir ese placer. La masturbación era su salida más inmediata y, de hecho, fue la única que empleó.

Se masturbaba con algunos juguetes que compró, con chorros de agua y, por supuesto, con los dedos. Esa era su manera favorita porque con ella podía explorar de manera más cercana todo lo relacionado con su cuerpo, encontraba con mayor facilidad esos puntos justos donde el placer se convertía en un viaje.

Pero, la noche anterior todo eso había

quedado como un juego, Arturo sabía qué hacer y donde hacerlo en el momento justo.

Para él las cosas eran más simples, a pesar de tener la misma temática. Él perdió el contacto sexual con su esposa muy rápido y quizá por su trabajo no consiguió la manera de satisfacer todas esas ganas que tenía, sin embargo, se mantuvo sereno y fiel a ella siempre, a pesar de no estar juntos y de tener los problemas que tenían, siempre le guardó el respeto necesario.

Claro, nunca había tenido una oportunidad como la de anoche. Siempre había mujeres en los bares que estaban

dispuestas a estar con él, pero la mayoría estaban ebrias y eso para él era lo peor. No que bebieran, sino aprovecharse de una situación así.

Verónica tocó además un punto sentimental, eso no lo podía negar. La conexión entre ellos fue más que sexual, de hecho, él lo sintió así mucho antes de ni siquiera pensar tener sexo con ella. Por esa razón siguió adelante, la mujer era hermosa y él no tenía ya más ataduras con nadie.

Arturo necesitaba ese cariño de una mujer, necesitaba estar con alguien que realmente sintiera algo por él, sí, estaba algo chapado a la antigua, pero así era

como realmente quería que fuesen las cosas. Y así pasó con Verónica.

Tomaron el desayuno juntos esa mañana y cada vez había más confianza entre ellos. Terminaron siendo más de lo que ambos pensaron del otro en algún momento, había momentos de locura, de seriedad, de romance... Y en tontos encajaban perfectamente, era como si estuviesen destinados a estar juntos.

— Mi casa tuvo que quemarse para poder conocerte. Esto es como un romance cruel, es como una novela de William Shakespeare y Stephen King.

— No lo pienses de esa manera. Quizá fue la manera más directa de

encontrarnos, pero, de seguro lo haríamos en otro momento.

Verónica siguió comiendo pensativa.

— Pero, cambiando un poco el tema...
¿Usted anda por la vida sin ropa interior, señorita?

Verónica por poco escupe el cereal que se estaba comiendo. La pregunta le causó mucha risa. Después de recuperarse contestó.

— No sé si lo sabes, pero, mi casa se quemó con todas mis bragas dentro.

El sarcasmo era algo ya natural entre ellos.

— Creo que deberíamos salir a comprar algunas cosas, como ya te lo había comentado ayer.

— Sabes que no puedo aceptar eso.

— Pues, lo aceptarás. No vas a seguir en esto.

Ella lo miró con dudas y entonces el prosiguió.

— Además creo que la ropa interior que compremos me gustará más a mí que a ti y puedes pagarme con un desfile sexy solo para mí.

Arturo le dijo esto mientras se le acercaba poco a poco y la besó al

terminar la frase.

Y, sí. Se fueron de compras.

Fue prácticamente todo el día haciendo las compras y llegaron exhaustos al departamento.

— ¿Por qué no te duchas mientras yo preparo algo para la cena?

— Me parece buena idea, Vero. Pero, mejor sería si me acompañaras.

Ella sonrió con picardía.

— No desesperes.

Se dieron un beso y cada uno siguió el

camino que le correspondía.

En la ducha Arturo pensaba en muchas cosas, pero sobretodo en el estupendo día que había pasado. No sabía desde cuando no disfrutaba tanto de la compañía de alguien. Quizá estaba involucrándose de más con Verónica, pero, era algo que no podía evitar, ni que él lo quisiera así.

El agua lo relajaba y se quedó por más de veinte minutos bajo ella.

Lo único que no pensó es que realmente Verónica no estaba haciendo la cena.

11

Volver a casa dos días después no era el comportamiento normal de Arturo.

Siempre había sido un hombre responsable y respetuoso con su esposa, aún, cuando estaban juntos, pero, no revueltos. Él entró con toda la calma del mundo sin saber que esperar, bueno, al menos el coche que había visto aquel día no estaba afuera.

Al parecer no había nadie en la casa y sintió que algo pasaba. Lo primero que hizo fue subir a la habitación y efectivamente sus sospechas eran

correctas. Los armarios estaban abiertos sin la ropa de su esposa y sobre la cama había una nota y un sobre. Arturo la vio por un momento y luego la leyó.

“Quizá esta no sea la mejor forma, pero, fue la única que conseguí.

El sobre contiene una solicitud de divorcio, espero firmes y me la hagas llegar

a la dirección que te dejo abajo.

Reb...”

Su esposa lo estaba dejando.

La muy descarada después de hacer el

show que

protagonizó dos días antes huye para no dar la cara.

Lanzó en la cama la nota y el sobre y buscó un bolígrafo en una de las gavetas de la mesa de noche. Sacó la solicitud y la firmó.

Por fin se sentía feliz, le deseaba lo mejor a ella, pero, lejos de él, sin amargarle la vida, sin reclamos.

Ahora sí que las cosas realmente se estaban conjugando para que salieran de la manera que quería.

Se sentó y comenzó a rebobinar todas

las cosas vividas en esa habitación. Sería una etapa que tendría que borrar rápido de su mente, pues le hizo mucho daño.

Ahora tenía el camino libre para hacer las cosas de la manera correcta con Verónica, con esa mujer que llegó a su vida por medio de un incendio que no podría apagar nunca más. Ella se había convertido en una bocanada de oxígeno. En lo que siempre había buscado y ya no tenía que ocultarlo más. La quería realmente.

12

Arturo salió de la ducha desnudo y se secaba la espalda con la toalla de manos cuando de pronto vio a Verónica frente a él.

La imagen era impresionante, pues ella estaba usando uno de los conjuntos que habían comprado, Era uno rojo que le combinaba perfectamente con su cabellera y resaltaba en su piel.

Los encajes y texturas estaban distribuidos perfectamente por toda la prenda, los senos de ella parecían más

grandes aún y la braga le quedaba espectacular. Las curvas se marcaban con mayor definición.

Para completar la vestimenta, ella usaba unas zapatillas de tacón alto que la hacía ver más estilizada, se había pintado la boca con un labial rojo pasión y más que nada parecía una chica mala que venía por él.

El rostro de Arturo era una poesía.

Verónica comenzó a caminar hacia él poco a poco. Cuando ya estaba cerca el trató de tocarla, pero, ella le golpeó la mano.

— No se toca hasta que yo diga.

Ella si acarició su pecho y siguió caminando a su alrededor, pasó la mano por la espalda del hombre y de nuevo se puso frente a él.

Ella advirtió que una erección estaba formándose.

Con ambas manos tocó el abdomen de Arturo con delicadeza, lo miraba a los ojos y pasó la lengua por los labios de su amante.

Abajo la erección estaba a su máximo.

Ella colocó las manos sobre los hombros de Arturo y mientras acariciaba bajaba son parar por todo el cuerpo del hombre. Se detuvo cuando llegó al pene

y lo tomó con fuerza, firme dentro de la mano.

Ella se agachó y lo metió en su boca. Hizo todo lo posible por meterlo completo, pero, no podía hacerlo.

De igual manera siguió con el trabajo que se había planteado desde un principio.

Metía el pene con delicadeza, sentí que el glande se hinchaba conforme ella lo chupaba, así que lo hacía más fuerte, con sus dientes lo rozaba justo cuando lo sacaba por instantes y lo lamía como si de una golosina se tratara. Involucró los testículos y comenzó a acariciarlos sin dejar de hacer sexo oral.

Arturo miraba desde arriba y disfrutaba del momento, estaba impresionado por todo lo que ella hacía con su pene, quizá ya había olvidado lo que era una buena mamada.

Poco a poco ella aumentó la velocidad del acto y él lo disfrutaba más.

Lo masturbaba ahora y mantenía el glande entre sus labios, lo besaba, lamía y mordía. Verónica sintió que él la tomó por el cabello e hizo que ella fuese a la velocidad y profundidad que él quería, no estaba del todo cómoda, pero cuando era él quien tomaba el control la volvía loca.

Por momentos el pene llegó hasta su

garganta lo cual le provocó un poco de tos y que se alejara, pero, inmediatamente seguía con la acción. Ver tan de cerca ese enorme miembro hacía que su vagina destilara todo el líquido que podía.

Las cosas iban saliendo bien, pero, Arturo tenía otros planes.

Él hizo que se levantara y la cagó por la cintura, siempre lo hacía con una facilidad increíble. La mantuvo cargada con un solo brazo y con la mano libre la bajó la braga hasta quitársela y lanzarla sobre la cama.

Tomándola por la cintura y con las piernas de ella a los lados, la bajó hasta

que su pene la penetró, en esa posición podía entrar más de lo que lo había hecho antes y así fue.

Un dolor placentero invadió a Verónica y esta clavó sus uñas en la espalda del hombre, todo esto acompañado de un grito que ahogó ella misma al morderse el labio inferior.

Arturo comenzó a moverla de arriba hacia abajo. Ella se apoyaba con sus piernas de la cintura del hombre y echaba el cuerpo hacia atrás, estaba sintiendo como el animal de carne y venas que salía de la entrepierna de ese hombre la abría completamente.

El placer los invadió y los gemidos de

ella eran más constantes, cuando las cosas parecían agarrar un ritmo Arturo le asestó una nalgada tan fuerte que ella pidió otra de inmediato.

— ¡Dame otra! Pero, más fuerte. — Le dijo al oído.

Así lo hizo en la otra nalga. Ahora ambas le ardían como si estuvieran cerca de una brasa.

Arturo la acostó en la cama y echó hacia atrás las dos piernas de Verónica quedándole las rodillas al lado de las orejas. El blanco que tenía era fácil de penetrar y lo hizo sin compasión. Ella no podía creer que cada vez que estaba con él lo disfrutaba más.

La estaba cogiendo como siempre lo hacía, pero, hoy estaba un poco más salvaje. Quizá el conjunto sexy ayudó a eso y ella lo estaba disfrutando.

Le encantaba que el hombre tomara el control siempre y que fuese una bestia salvaje al momento de cogerla y esto era lo que hacía Arturo exactamente.

Se alejó un poco de ella y le arrancó, con un poco de delicadeza para no hacerle daño, el sujetador. Las tetas de Vero rebotaron y en seguida él las comenzó a chupar.

Los pezones de esa mujer eran divinos a pesar de lo pequeños que eran. Cuando él le hacía eso ella sentía como especie

de una corriente eléctrica que nacía en sus pezones y retumbaba en su vagina.

Jugar con esos enormes senos era su pasatiempo favorito cuando estaban teniendo sexo.

Pasaron más de quince minutos en ese juego antes de volver a la acción real.

Ella lo invitó a acostarse sobre la cama para poder hacer su parte como quería. Teniendo el pene todo para ella, se sentó sobre el miembro erecto y enorme de su amante. Lo metió todo en su vagina y comenzó a saltar sobre él.

Verónica echaba su cuerpo hacia atrás y se apoyaba en los talones de Arturo, los

movimientos pélvicos de ella eran más que perfectos, los hacía de manera circular y de arriba abajo, la verdad era una diosa en la cama, y al contrario del o que él pensaba todo esto lo había aprendido sola con sus sesiones de masturbación con los diferentes juguetes que quizá estaban hecho cenizas ahora.

La vista que tenía Arturo de la situación es más que envidiable. Veía como ella saltaba sobre su pene, los movimientos eran completamente excitantes y además disfrutaba al ver como las tetas de la mujer rebotaban sin parar.

Verónica no sabía si era parte de su imaginación o quizá producto de todo el

deseo que le tenía a Arturo, pero con el llegar al clímax era una cuestión demasiado fácil. Poco tiempo después de estar cabalgando sobre su hombre llegó al orgasmo y lo mejor es que él se corrió justo en ese momento.

De nuevo terminaron abrazados y recuperando el aire perdido.

Otra noche de pasión, otra vez lo hicieron para el recuerdo.

13

Para Verónica no hubo mejor terapia que el sexo y estuvo contenta de haberlo hecho con ese maravilloso hombre. En la mañana del domingo él se levantó temprano y los despertó.

— Debo irme y solucionar algunas cosas, Vero.

— ¿Cuándo vuelves?

— Hoy mismo.

Ella seguía un poco dormida, pero sonrió. Luego se acomodó la sábana y se

volteó para el otro lado.

Arturo salió rumbo a su trabajo y luego a casa. En ambos lugares tenía situaciones que atender.

En el departamento de bomberos todo había estado tranquilo en su ausencia, solo un pequeño accidente laboral con uno de los bomberos, pero, nada serio. Él llegó a ordenar unos papeles y vio sobre su escritorio el primer borrador sobre lo ocurrido en la casa de Verónica. Sintió curiosidad por leerlo, pero, prefirió dejarlo así.

Viendo que todo estaba bajo control, salió directo a su casa.

Al final todo parecía estar en orden, quizá la partida de su esposa fue una sorpresa, pero para él era un alivio dada la situación en que él se encontraba. Ese día para él tuvo mucho ajetreo, pero, las cosas no terminarían ahí.

Al salir de casa sonó su móvil. Era del departamento.

Arturo habló durante unos cuantos segundos y se montó en la motocicleta directo a la estación.

Al llegar todos los muchachos estaban subiéndose a los camiones y el encargado después de él le dio el parte de lo que estaba sucediendo.

Una fábrica de combustibles para aviones se estaba incendiando y las cosas parecían estar fuera de control. Entró de inmediato a colocarse su uniforme y salió despedido hacia el último camión que estaba esperando por él.

Cuando faltaban aproximadamente unos dos kilómetros se veía una nube gris enorme que salía de un galpón también muy grande, las llamas lograban verse des ahí y tendrían unos cuantos metros de altura.

Desde ese momento Arturo supo que los camiones y la tecnología con la que ellos contaban no serían suficiente para

combatir ese incendio.

Entró al camión y habló con uno de los encargados de la parte de telecomunicaciones.

— Debes contactar a otros departamentos y pedir ayuda urgente. Lanza un código de urgencias.

El muchacho que parecía un poco asustado hizo caso a su jefe de inmediato y comenzó a hacer las llamadas pertinentes.

Arturo volvió afuera. Estaban cada vez más cerca y no solo porque lo veía sino porque el calor era insoportable, estaban entrando al mismísimo infierno,

pero, no tenían otra opción que seguir adelante.

Por fin llegaron y se bajaron, el incendio era tan grande y descomunal que no sabían ni siquiera por dónde empezar. Rápidamente Antonio dio unas órdenes y todos comenzaron a moverse. Él regresó al camión y el muchacho le hizo una seña con su pulgar arriba.

— Contacté a un par de departamentos y vienen en camino, solo que el más cercanos tardará al menos veinte minutos en llegar.

— Está bien, chico. Buen trabajo.

Arturo busco algunas máscaras de

oxígeno y un hacha y salió corriendo hacia el lugar del incendio.

Arrastró a uno de los muchachos más jóvenes de la manada, como él solía llamarle, y le dio las máscaras. Hizo algunas señas y el chico lo entendió perfectamente.

Entraría por la parte trasera del galpón para tratar de ver si había sobrevivientes dentro. En esa parte aun las llamas no habían llegado, pero, salía mucho humo. Quizá había gente asustada y asfixiada adentro.

El agua que salía de las mangueras parecía no ser suficiente para sofocar ni siquiera las llamas más pequeñas, pero

nadie se daba por vencido. Todos trabajaban sin parar y siempre con la fe de que todo saldría bien.

Arturo a lo lejos y en compañía del chico lanzó un par de hachazos sobre una de las paredes de hojalata del galpón y logró abrir un enorme boquete por el cual pudieron entrar.

Estaban en una especie de sala de control, había computadoras por todos lados y sistemas de válvulas, pero no había nadie en esa zona lo cual lo preocupó más. Debían seguir buscando de alguna manera.

Solo una puerta comunicaba esa zona con el resto del galpón y entonces

decidieron ir por ella. Al abrirla ocurrió lo que menos esperaban.

14

Verónica se despertó y recordó de inmediato las palabras de Arturo antes de irse. Ella tenía una sonrisa enorme y nada podría borrarla, o al menos eso creía ella.

Se estiró en la cama todo lo que pudo y decidió levantarse para tomar una ducha que la terminara de despertar. Estaba completamente desnuda y recordó parte de todo lo que había pasado la noche anterior, entonces miró a su alrededor y observó un desorden pasional.

Sus bragas estaban en el suelo, el sujetador en una de las esquinas de la cama y los zapatos de tacón alto yacía casi como cadáveres cerca de la puerta de la habitación.

Decidió levantar un poco todo el desorden antes de entrar al baño. Lo agrupó todo sobre la cama (menos los zapatos) y lo dejó ahí. Después lo ordenaría.

Entre tantas cosas que le venían a la mente, recordó que hasta hace una semana su vida estaba basada en cosas muy diferentes y jamás se imaginaría en la situación que estaba ahora mismo.

Así planea la vida nuestros días y somos

solo instrumentos de sus caprichos.

Pero, la verdad es que esta vez dio los dos golpes al mismo tiempo. Le había quitado la casa a verónica y justo ese día conoce al hombre más espectacular de la tierra, o al menos para sus ojos es así.

La ducha que tomó la renovó completamente y salió pendiente de recoger todo el desastre que había en el cuarto. Parecía que un huracán había pasado por ahí.

Después de ordenar las prendas de ropa y todo lo que habían desorganizado comenzó a tender la cama y ella observó algo que le llamó la atención. Se acercó

hasta el punto donde estaba el objeto y sintió como un cuchillo le atravesaba el alma y el corazón.

Esto no podía ser cierto, no después de estar segura que estaba comenzando a querer a ese hombre...

¿Maravilloso?

15

La puerta se abrió y una acumulación de vapores y gases salieron despedidos violentamente lo que hizo que ambos bomberos cayeran al piso de un momento a otro.

Las llamas si estaban en ese cuarto y estaban acabando con lo que parecía un archivo de plano, todo estaba ardiendo con facilidad. Ya ahí no había nada que hacer, así que a la señal de Arturo volvieron por donde llegaron.

Justo cuando se voltearon una fuga de

gas se abrió e hizo contacto con las llamas. Una bola de fuego se formó en cuestión de milisegundo y alcanzó al muchacho. Este al sentir el calor en su uniforme salió corriendo despavorido sin escuchar los gritos de Arturo.

— ¡Lánzate al suelo! ¡Lánzate y da vueltas en el suelo!

Pero, no. El chico parecía estar sordo.

Siguió corriendo quizá buscando la salida, pero se encontró con mucho humo en su camino. Arturo trató de capturarlo y poder apagar la llama, pero era imposible si él no dejaba de moverse.

Por fin visualizó una luz y se dio cuenta que esa era la salida, Arturo vio en ese momento que el joven se había detenido y lo tacleó al mejor estilo del fútbol americano, ambos cayeron al piso y luego lo sacó arrastrándolo.

Se sacó la chaqueta del uniforme y la lanzó lejos. Cayó de rodillas sobre la grava y se llevó las manos a la cabeza. Estaba llorando desconsolado.

Arturo lo miró, pero no era momento para eso. Lo tomó por un brazo y lo llevó lejos del sitio del incendio. Al llegar al camión le dio la orden a los paramédicos para que no lo dejaran ir de nuevo al lugar del siniestro y lo

mantuvieran atendido.

Ya las sirenas se escuchaban en el fondo. La ayuda estaba llegando antes de lo previsto y eso lo alivió bastante, la verdad él no quería estar ahí, pero era su deber.

El muchacho se encontraba bien, solo estaba un poco asustado. La situación pudo haber sido mucho peor, pero, no pasó de ahí. El incendio era incontenible, las llamas cada vez se hacía más grandes y consumían todo lo que conseguían, era la situación más grave que le había tocado a Arturo en toda su carrera como bombero y socorrista, realmente estaba de manos

cruzadas.

Por instantes se escuchaban explosiones dentro de los galpones y todos se echaban para atrás cada vez que había una detonación, realmente ellos no podían más que mirar como ardía sin parar la instalación.

Ni siquiera con la ayuda del departamento que había llegado pudieron sofocar las llamas.

Arturo se reunió con el jefe del otro departamento y discutieron la situación durante un buen rato. El plan sería armar un cortafuego para evitar que el fuego se extendiera más allá de donde estaba, pues alrededor del galpón había

montañas y algún tipo de siembra, lo cual era potencialmente peligroso.

Mientras se estuviese consumiendo los combustibles el fuego seguiría ahí, el agua no harían nada para extinguirlo, por lo cual todo el esfuerzo con mangueras sería en vano, decidieron buscar la manera de encontrar a personas afectadas y socorrerlas, ya se tenían reportes de algunos que se habían lanzado desde lo más alto del galpón en su desespero por escapar y terminaban lesionados y algunos perdían la vida, la situación era de emergencia.

Las horas pasaban y Arturo solo deseaba irse y estar con Verónica, pero,

lamentablemente en ese momento era imprescindible que él estuviera al cargo de todo lo que estaba sucediendo.

Cuando pudiera llamaría a Vero y le explicaría la situación si acaso no se había enterado ya por medio de la radio o la TV, pues ya se aglomeraban varios canales de televisión y muchos reporteros daban sus pases en vivo para tener la primicia.

16

Verónica trataba de entender que era lo que estaba pasando, quizá todo esto tenía una explicación.

Durante un buen rato se quedó sentada en la cama mirando lo que tenía en la mano, estaba segura que no era de la hermana de Arturo y mucho menos de ella, la verdad no supo como no había pensado algo así antes.

La sortija de matrimonio pasaba de una mano a otra y ella seguía pensando en lo que eso significaba.

Arturo no era el hombre que ella pensaba que era, no era tan perfecto como lo imaginó y tenía la prueba en sus manos. No sabía realmente lo que sentía.

Si bien es cierto se enteró en un buen momento, pues ellos tan solo tenían tres días de haberse conocido.

El problema era todo lo que había pasado en ese tiempo y lo que había significado, al menos para ella.

No sabía si reír o llorar.

El sentimiento que ella estaba experimentando por ese hombre era único, no había lugar a dudas, pero no estaba segura de que fuese tan fuerte

como para dejar pasar algo como esto. Le había mentido y estaba decepcionada de él, si le permitía esto, entonces quizá más adelante las cosas serían peores.

Pero, por otro lado ella pensaba que Arturo podría tener una explicación para todo esto.

Te estas dejando llevar por los sentimientos.

El hombre tuvo tiempo de decírtelo.

Ciertamente había sentimientos encontrados, pero, una mentira como esa era algo bastante grave. El hombre es casado y aun así está acostándose con otra mujer. Quizá aprovechándose de la

situación por la que ella pasaba.

En el fondo Verónica sabía que Arturo era un buen hombre, pero todos tienen un lado oscuro, por más que lo neguemos todos lo tenemos.

Se levantó de la cama y entró de nuevo al baño, de pronto sintió ira. Todo lo que había pensado era una mentira, estaba decepcionada y triste, pero, en parte era su culpa.

Ella nunca preguntó si eres un hombre casado o si al menos tenía pareja, ella se dejó llevar por el momento, por la atracción física y por el deseo que le provocaba aquel hombre. Era una atracción de esas que no se pueden

evitar y donde la razón no tiene ningún tipo de voto.

Mirándose en el espejo sintió que tenía que tomar una decisión en ese momento. En sus manos aún tenía la prueba de la mentira del hombre, en sus manos estaba su destino. Quizá si lo ignoraba le haría lo mismo luego o quizá tendría una explicación para todo. Pero, no quería arriesgarse más.

Salió y buscó un papel donde le escribió una nota.

“*ARTURO:*

Gracias por la hospitalidad. Aquí te dejo algo que dejaste caer en la cama y

la razón por la cual me marché. Sin dudas lo nuestro fue como una de esas estrellas que vimos la otra noche: fugaz.”

PD: Me llevo una muda de ropa de tu hermana. Pronto la repondré.

Junto a la nota dejó la sortija y salió del departamento. No sabía que rumbo tomar, seguía estando sola sin un lugar a donde ir. Por los momentos iría hasta su antigua oficina a reclamar el dinero que le correspondía por todo el tiempo que había trabajado ahí. Con eso podría empezar pagando un alquiler en algún sitio.

Vero comenzó a caminar y dejó atrás esa

experiencia tan gratificante y triste a la vez. Dejaba el mejor sexo que había tenido, pero su dignidad valía más que nada en el mundo.

Cuando cruzaba la calle escuchó como unas sirenas aproximándose velozmente por la vía. Ella, que venía pensando en todo lo que había pasado, no se dio cuenta una de las ambulancias le frenó justo al lado.

Definitivamente ella no estaba anotada para irse de este planeta, al menos por ahora. El chofer le gritó desesperado y ella se apartó para que pasara.

El corazón le palpitaba sin parar y estaba pálida. Necesitó de unos minutos

más para reponerse del susto y poder seguir su camino. Ella pensó que algo grande había pasado en la ciudad, pues tantas ambulancias a la vez no era algo normal. Se encogió de hombros y siguió su camino.

17

Uno de los bomberos llegó corriendo al lugar donde estaba Arturo conversando con los demás jefes de los departamentos que decidieron llegar a la zona a ayudar.

— Jefe, disculpe...

El muchacho casi no podía hablar. Venía muy cansado y asustado. En su mano traía un móvil.

— Tranquilo, muchacho. ¿Qué sucede?

— Recibí una llamada de un amigo que

trabaja aquí y hasta el momento están todo bien, pero, me cuenta que están encerrados en un lugar donde la llamas ya comienzan a entrar.

Arturo se volteó y miró al dueño d la empresa que tenía unos diez minutos de haber llegado.

— Señor, usted me dijo que todos había salido ya. Según los reportes que le habían entregado a usted.

— Así es. Me entregaron un reporte y ese fue el que le di a usted cuando hablamos por teléfono hace más de una hora.

— Entonces le dieron mal su reporte.

El hombre sacó de su chaqueta un papel con el membrete de la empresa y se lo entregó a Arturo. Este al ver el papel perdió los estribos y lo puso sobre el capó del coche que estaban usando como mesa de estrategias.

— Señor, creo que usted ni siquiera vio este papel. Aún hay más de cuarenta personas ahí dentro y por su irresponsabilidad no hemos hecho nada para rescatarlas. ¡Confiamos en su palabra, por Dios!

Arturo golpeó con su mano cerrada el coche y el hombre se asustó tanto que dio dos pasos hacia atrás.

No sabía que decir ni cómo reaccionar.

Se dio media vuelta y el muchacho que le había dado el reporte de las personas que estaban dentro lo siguió.

— Vamos a entrar inmediatamente y no me importa si perdemos nuestras vidas ahí dentro.

Él sabía que caminaba hacia un infierno, sabía que las posibilidades de salir con vida de eso eran pocas, pero, su corazón le decía que siguiera adelante.

Las cosas estaban cada vez peor en ese galpón y por más que unieron fuerza, tecnología e ideas no pudieron sofocar el incendio. La salida era esperar a que todo el combustible se consumiera y dejar que las llamas se apagaran solas.

El humo cubría ya gran parte de la ciudad y todos estaban al tanto de lo que estaba pasando. Las noticias daban reportes continuos de la situación y los habitantes de la zona rezaban por sus familiares y amigos que se encontraba dentro de la empresa.

Uno de los bomberos consiguió un mapa del galpón y se lo enseñó a Arturo. Este se detuvo para verlo. En el plano estaba marcado con un círculo rojo el lugar donde permanecían atrapados los trabajadores, Arturo miró y luego se ubicó mentalmente y siguió su camino.

Tres de sus mejores bomberos lo siguieron y el los miró con orgullo, al

menos no estaba solo. Entraron a la empresa y comenzaron a hacer su trabajo.

Afuera todos estaban haciendo lo posible por ayudar, pero las cosas cambiaron cuando uno de los tanques más grandes explotó y ocasionó una nube de fuego enorme. La tierra se movió y todos cayeron al suelo, bien sea por la onda expansiva o por puro instinto.

— ¡Arturo está adentro! — Gritó alguien.

Arturo y los muchachos no habían terminado de entrar cuando explotó el tanque. Salieron disparados a unos

cuantos metros y cayeron como si se tratase de uso sacos de patatas. Todos quedaron inconscientes y tendidos sobre el suelo.

Las ambulancias llegaron enseguida y atendieron a todos de inmediato. Luego de los primeros auxilios fueron trasladados a toda velocidad a los hospitales más cercanos para poder atenderlos de la manera correcta.

En la última ambulancia viajaba Arturo. Estaba conectado a una máquina para que respirara y su pulsación era cada vez menor. Los paramédicos lo asistían y en ese momento la ambulancia frenó de golpe.

— Oye, ¿estás ciega, mujer? — Gritó el chofer y arrancó de nuevo.

18

Verónica escuchó por la radio que algo había estado pasando con una empresa de combustibles que estaba en llamas y era en su propia ciudad. Ella de inmediato pensó en Arturo y sonrió.

Está haciendo lo que sabe hace mejor.

Se sintió confiada de que todo saldría bien, pues con Arturo al mando las cosas serían así.

Ya ella tenía su dinero y tomaba un café usando aún la ropa prestada. Ese fue el

último día que estuvo en el pueblo, se fue a otra ciudad y nunca más supo nada de las cosas que por acá sucedían.

Mientras consiguió empleo y estuvo ocupada sacando de nuevo sus papeles de identificación nunca escuchó nada más sobre lo ocurrido aquel día durante el incendio de la empresa de combustibles.

Verónica se quedó con la mejor de las impresiones de Arturo como bombero, como ese héroe que salva vidas arriesgando la de él y prefirió quedarse con esa, además de tener aún fresco en la piel todo lo que le hizo como amante, por ese lado estaba segura que no conseguiría otro igual.

Disfrutó el momento y se sintió feliz de vivirlo, quizá no conseguiría a otro que la llenara de la forma que Arturo lo hizo (en todos los sentidos), pero la decisión de irse fue lo mejor que pudo haber hecho.

Ella no habría podido vivir con dudas durante el resto de su vida.

19

Sobre la mesa de su departamento había una nota y una sortija. Ella estaba segura que no había dejado eso ahí, entonces alguien había estado en su casa sin ella saberlo.

Fue triste leer aquello, no solo porque le daba una mala impresión de su hermano, sino porque, lamentándolo mucho, el ya no podría leerla.

La carta y la sortija terminaron en una papelera y con ella se fueron los recuerdos de noches de pasión, una

relación y quizá el amor que se sintió en ese pequeño departamento solo unos días antes.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado.

Finalmente, te dejo también otras obras

— mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a mi boletín
informativo y conseguir libros gratis**

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el](#)

Futbolista Millonario

— *Comedia Erótica y Humor* —

J*did@-mente Erótica

BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario

— *Romance Oscuro y Erótica* —

La Celda de Cristal

Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso

— *Romance Oscuro y Erótica* —

“Bonus Track”

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la

chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce &

Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi

infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad.

“¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como

si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un

crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de

platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos

pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo

que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de

Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra

voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina.

Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre

todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada

heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No

tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va.

¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.